ALBERTO GERCHUNOFF

LOS GAUCHOS JUDIOS

PRÓLOGO DE
MARTINIANO LEGUIZAMÓN



LA PLATA
TALLERES GRÁFICOS DE JOAQUÍN SESÉ
1910

LOS GAUCHOS JUDIOS

DEL MISMO AUTOR

EN PREPARACIÓN

Tierra de Sión, novela.
Los Conversos, novela.

ALBERTO GERCHUNOFF

LOS GAUCHOS JUDIOS

PRÓLOGO

DE

MARTINIANO LEGUIZAMÓN



LA PLATA
TALLERES GRÁFICOS: JOAQUÍN SESÉ
1910

A la venerable memoria del señor barón MOISÉS HIRSCH, fundador de las colonias hebreas en la República Argentina. Fué suyo el primer pan que comí en tierras de América y en homenaje de sencilla gratitud, pongo su nombre al frente de este libro.

PRÓLOGO

Me sorprende la llegada de este libro en hora propicia. Regresaba del campo después de haber respirado á pulmón pleno el aire tranquilo de las tardes, saturado de pampa y con la imágen en la retina de esas admirables puestas de sol que tiñen con colores de fuego la verde curva de las lomas, cuando vino á reavivar mis férvidos cariños natales, la lectura de sus páginas frescas, henchidas de aromas y sabor argentino.

Decir que las he leído con verdadero deleite, conociendo mi inalterada simpatía hacia las obras que hunden su raigambre en el sentimiento de las cosas nuestras, es casi una redundancia.

Su lectura ha renovado, pues, el recuerdo de los paisajes y aromas de una región que vive en-

tre mis mejores recuerdos de la infancia. Son flores de mi tierra que viene á brindarme un artista, que no abrió sus ojos á la luz de aquel cielo amigo, pero á quien ha bastado vivir algunos años en contacto con su suelo y los habitantes primitivos para saturarse de emoción y de imperecederas imágenes,—que resaltan gloriosas á pesar de la brevedad de la descripción y del escueto dibujo,—para ofrecernos en sabrosos y coloridos bocetos una página de la vida íntima de las colonias judías, que fueron á trazar los primeros surcos en el linde de Montiel, la selva hirsuta y huraña como el alma de sus moradores de antaño que la hicieron famosa con leyendas de bravura y fiereza selvática.

Y á pesar de la brevedad en los relatos y la pintura del paisaje y los típos comarcanos, hecha sin embargo, con firme y sóbrio trazo, cuánta verdad y cuanto colorído local encuéntrase esparcido á través de sus páginas inconexas y distintas al parecer, pero unidas íntimamente por un alto sentimiento de gratitud y amor hacia la tierra generosa que entrega al colono sus frutos de oro; —y que constituyen en su conjunto la historia de la modesta colonia de Rajil, etapa por etapa, con el clásico viejo judío de anchas barbas y la nariz aguileña, con sus mujeres tristes, de rostro surcado por hondas arrugas de sufrimiento, al lado

de las cuales surgen á la luz radiosa del sol que les dora la faz, las garbosas muchachas hebreas, morenas de ojos rasgados, misteriosos y profundos ó las rubias que tienen en la dulce mirada «el azul que tiembla en las pupilas de la Virgen», con las trenzas pesadas y densas y el cuerpo escultural que modela el pampero bajo los toscos vestidos de percal...

El autor las ama con cariño fraternal, y las dibuja con ternura conmovida, porque despiertan en su espíritu el recuerdo de las bíblicas campesinas que apacentaban los mansos ganados en la paz de las praderas. Su alma de poeta vibra ante la augusta evocación haciéndolas amar al lector. Así Raquel, Rebeca, Esther, Miryam y Ruth cautivan con su fuerte y sencilla belleza de flor agreste, y se hacen perdonar la volubilidad con que olvidan el severo precepto que les veda amar á los que no son de su raza, entregando las ternuras de su corazón al gauchito más bizarro del pago que las conquistó con las trovas gemidoras de una guitarra ó con su garbo altivo de jinetes incomparables.

Ellas representan además un papel importante en el libro, porque son el crisol de amor que está modelando el tipo nuevo, varonil y hermoso del gaucho judío. En vano los viejos rabinos seguirán mesándose las largas barbas al repetir en

sus oraciones las lamentaciones seculares de la raza; sus hijos ya entran con desgano á la sinagoga, abandonan los hábitos tradicionales adoptando los trajes y usos de la comarca y adquieren como por lenta infiltración del medio ambiente, con los instintos de libertad, esa independencia brava é inextinguible que timbra con rasgo acentuado el perfil moral de nuestro paisano

Lo cuenta el autor, los judíos jóvenes de Rajil saben bolear y enlazar, y aperan sus cabalgaduras á usanza criolla. Así el listo Jacobo cruza en más de uno de los relatos haciendo caracolear á un brioso petizo, con las boleadoras de plomo golpeándole el flanco y el cuchillo atravesado á á la cintura, bajo el tirador tachonado de monedas de plata. Es el primer criollo de la colonia que ha encontrado más sabroso que el te preparado en el samovar de la lejana aldea rusa, el mate cimarrón de la rueda familiar del fogón campesino donde el rabí Duglach, el poeta vagabundo, entretiene las veladas de los labradores con los relatos de la cautividad en Babilonia, matizándolos con las hazañas de un gaucho que mataba tigres á facón en la selva de Montiel...

La obra será lenta, sin duda, pero concluirá al fin su evolución inevitable cuando los ancianos judíos desaparezcan y sobre el solar poblado de bíblicas añoranzas, los hijos de sus hijos, argen-

tinos por la fusión de la sangre, encariñados á la tierra que les entrega sus riquezas ubérrimas, libres de preocupaciones y de recelos, con la alegría y la paz del hogar risueño que les colma de dicha el corazón, entonen en las fiestas de la nueva centuria el cántico glorioso de la libertad argentina.

En Los Gauchos Judíos, nos presenta el jóven escritor,—que con tan justos títulos se incorpora al raleado grupo de los escritores nacionales, dando asi un saludable ejemplo á los nativos que por temor ó pereza desdeñan los asuntos de la tierra esterilisándose en imitaciones exóticas sin sentimiento ni originalidad,—una página muy hermosa de vida provinciana que servirá al psicólogo del futuro para estudiar una de las faces más curiosas de la transformación del tipo originario.

La aparición del colono hebreo con su característico perfil, su lenguaje áspero y su indumentaria extraña sobre la campiña que dominó el matrero y el gaucho montaraz, brinda al escritor la oportunidad de dibujar en pequeños cuadros, como manchas de acuarela, sentidas y artisticas figuras de ancianos hebreos y criollos; asi al lado de una vigorosa testa de rabí aparece la del boyero don Remigio, un viejo de pura cepa criolla que fiel al culto del coraje,—que es rasgo prominente de su estirpe,—hiende con la daga la cabeza

de su propio hijo al verlo recular como un maula ante el puñal de un enemigo.

El boyero nos resulta admirable por la frescura del dibujo y la verdad de la evocación. Gerchunoff debe haberse sentado más de una vez en la rueda del fogón del viejo gaucho, embelesándose con el relato de aquella vida de penurias y heroismos que el antiguo lancero de Urquiza haría á sus admirados oyentes con esa llaneza sin sombra de alabanza de nuestros campesinos; fué quizá su primer maestro y ¡qué maestro! en las rudas faenas camperas, y su palabra lenta, matizada de retruécanos y cualidades pintorescas debió despertar en el alma del niño ese amor al suelo cuyos paisajes y aromas se ha deleitado en presentar al lector, asi como su admiración por el cielo entrerriano, protector y benévolo que no impregna el espíritu con sugestiones medrosas, como exclama el rabí Abraham embelesado por la luz mansa de una noche de luna que le envolvía con blanduras de ensueño...

Las mejores páginas de este libro son tal vez las consagradas á reflejar la naturaleza con artística sobriedad, pero con sugerente dibujo. Hubiéramos deseado, sin embargo, que abandonandose á sus impresiones el autor le consagrara mayor atención, acentuando en la pintura el colorido local en vez de mostrarse avaro de las

imágenes atesoradas en su retina, porque las evocaciones á pesar del estrecho marco en que deliberadamente ha querido encerrarlas, estallan de vez en cuando y se espanden vibrantes de entusiasmo y de emoción. ¿Nos habrá destinado esa sorpresa para *Tierra de Sión* la novela de costumbres que anuncia en la portada? Si asi fuera habrá que regocijarse porque estos rápidos cróquis son más que un augurio halagueño.

Alberto Gerchunoff comprueba con esta obra de arte y de verdad un cariño acendrado por la tierra de adopción, donde ha levantado el hogar á que cada día lo irán adhiriendo á sus fibras más íntimas las caricias del primer hijo nacido bajo el pabellon argentino; y releva á la vez las excelencias de una alma de poeta que sabe sentir y pintar la naturaleza nuestra, con esa especialidad intensa que hace amar la poesía de los terruños cuando es evocada por la pluma de Joaquín González ó Fray Mocho.

Ese es su rasgo; podemos saludarle como á uno de los escritores de la tierra. Tiene el dón de desentrañar la oculta belleza de los asuntos más sencillos y familiares, con excelentes cualidades de observación y una retina ávida para reflejar las emociones apacibles de la vida campestre.

He ahí la rica cantera que debe explotar con espíritu exento de preocupaciones de raza, sin

amoldarse á los canónes de ninguna secta literaria dejando que la pluma tome el rítmo natural y las imágenes encuentren su camino, con la brida suelta como trotaba en el brioso caballo criollo trepando cuchillas y atravesando los frescos cañadones, allá en mi tierra entrerriana bajo la llamarada del sol ó la mansa vislumbre del constelado cielo, con una canción de amor en los labios y la alegría del vivir dilatándole el pecho...

Vaya entre tanto un caluroso homenaje de simpatía para sus deliciosas mozas judías que he visto atravesar disputando ternuras viriles á las morochas del pago, mientras los ancianos salmodian en el idioma arcáico sus lentas plegarias al bendecir la tierra fecunda que llena los trojes con granos rubios como el oro; y un recuerdo también para los viejos criollos—vencidos de la raza—que despiertan en el alma de los niños con sus relatos legendarios un vago sentimiento de respeto y amor hacia los tiempos que pasaron.

MARTINIANO LEGUIZAMÓN.

Buenos Aires, Abril 28 de 1910.

Con su fuerte brazo, el Señor
nos libró de Faraón, en Egipto.

Las oraciones de Pascua.

He ahí, hermanos de las colonias y de las ciudades, que la república celebra sus grandes fiestas, las fiestas pascuales de su liberación.

Claros son los días y dulces las noches en que se elevan las laudes en memoria de los héroes; hacia el cielo—blanco y azul como el estandarte—suben voces de júbilo. Anímanse de flores las praderas y de verdes siembras las campiñas.

¿Recordáis cuando tendíais, allá en Rusia, las mesas rituales para glorificar la Pascua? Pascua magna es ésta.

Abandonad vuestros arados y tended vuestras mesas. Cubridlas de blancos manteles, sacrificad los corderos más albos y poned el vino y la sal en augurio propicio. Es generoso el pabellón que ampara los antiguos dolores de la raza y cura las heridas como venda dispuesta por manos maternas.

Judíos errantes, desgarrados por viejas torturas, cautivos redimidos, arrodillémonos y bajo sus pliegues enormes, junto con los coros enjoyados de luz, digamos el cántico de los cánticos, que comienza así:

Oid mortales....

Buenos Aires, Mayo del Centenario Argentino.

GÉNESIS

> Bendito seas, Señor, Rey único de todos los pueblos, por haber creado los frutos que nos da la tierra y nos dan los árboles.
>
> *Las bendiciones cuotidianas.*

> Los más fuertes y más grandes varones de Judea trabajaban la Tierra; cuando el pueblo elegido cayó en cautividad se dedicó á oficios viles y peligrosos, perdiendo la gracia de Dios.
>
> MISCHNAIS, *Zeroim*, orden primero (Tratado de Agricultura).

En la sórdida ciudad de Tulchin, perpetuamente cubierta de nieve, ciudad de rabinos gloriosos y de sinagogas seculares, las noticias de América llenaban de fantasía el alma de los judíos. Cuando algún rabino forastero predicaba en el templo, cuando en los

telegramas de algun diario de Odessa se hablaba de las tierras lejanas del Nuevo Mundo, los israelitas se congregaban en la casa del vecino más prestigioso para comentar con talmúdica gravedad los proyectos de emigración.

Bien recuerdo aquellas asambleas. Era el tiempo en que las leyes excepcionales se multiplicaban en el santo imperio de las Rusias. Las picas de los cosacos demolían sinagogas antiguas y los viejos santuarios traídos de Alemania, santuarios historiados, solemnes y nobles, en cuyo remate resplandecía el bitriángulo salomónico, eran conducidos por las calles en los carros municipales. Bien recuerdo yo las palabras de los rabinos, el llanto de las mujeres, cuando los cosacos quemaron los libros sagrados en la sinagoga mayor, donada á la ciudad por mis abuelos. Todo el pueblo se vistió de negro. Era víspera de Schvúas. Las palmas para celebrar las fiestas de la primavera, fueron enlutadas, enlutadas las mujeres y los niños, y los ancianos ayunaron durante cuarenta días y cuarenta noches. Fué entonces cuando el Dáin rabí Jehuda Anakroi hizo un viaje á París para convenir con el Barón Hirsch la organización de las colonias hebreas

en la Argentina. Al regresar se reunieron los judíos en nuestra casa y el viejo Doctor de la Ley, les pudo anunciar la buena nueva:

—El señor Barón Hirsch, á quien Dios bendiga, ha prometido salvarnos y Rabí Zadock Kahn, mi compañero, le guiará en sus propósitos.

Y el Dáin, con su elocuencia ejercitada en las disputas sinagogales, describió un porvenir magnífico para el pueblo perseguido. Su voz emocionada vibraba como en el templo al hablar de la tierra prometida. Con su mano, nudosa y seca de revolver los textos, mesaba su ámplia barba blanca. Sus ojos pequeños y vivos se animaban de profética luz.

—¡Ya veréis, ya veréis! Es una tierra donde todos trabajan y donde el cristiano no nos odiará porque allí el cielo es distinto, y en su alma habitan la piedad y la justicia.

Las palabras de rabí Jehuda Anákroi apaciguaron el espíritu de los tristes. Por las altas ventanas penetraba la claridad de la noche que daba á las siluetas un aspecto fantástico. Los israelitas, sumidos en éxtasis balbucearon:

—¡Amén!



Los sábados á la tarde se reunían en la casa de mis padres los judíos más respetables de Tulchin. Se conversaba sobre asuntos de religión y el Dain aclaraba los detalles difíciles con argumentos recogidos en las controversias de España. La Sabiduría talmúdica, la ciencia popular de las «Repeticiones», las Leyes y los secretos más ocultos de las Cábala le eran familiares. Así, sus disertaciones en aquel lugar íntimo resultaban prédicas que podrían figurar en los obesos volúmenes, escritos en la lengua arcáica de los jasidim que llenaban su biblioteca tallada en madera de Jerusalem.

Una vez el rabino de Tolna hizo el elogio de España. Exaltó la bondad de su clima y recordó suspirando la época en que el pueblo de Israel habitó su suelo.

— España sería para nosotros, dijo, la tierra más codiciada si sobre ella no pesara la maldición de la Sinagoga.

El Dain hizo un gesto de indignación, exclamando en hebreo:

—«Majschemóm, izijróm!» ¡Qué se hunda y que se pulverice! Yo jamás he podido re-

cordar, continuó, el nombre de España sin que la ira me llene los ojos de sangre y el alma de odio. Quiera Dios en sus justos castigos convertirla en una hoguera sin fin por haber torturado á nuestros hermanos y quemado á nuestros sacerdotes. Fué en España donde los judíos dejaron de cultivar la tierra y cuidar sus ganados. No olvide Vd. mi querido rabí lo que se dice en *Zeroim*, el primer libro de Mischnais, al hablar de la vida del campo: Es la única saludable y digna de la gracia de Dios. Por eso, cuando rabí Zadock-Kahn me anunció la emigración á la Argentina, olvidé en mi regocijo la vuelta á Jerusalem, recordando el pasaje de Jehudas Alevi: Sión está allí donde reina la alegría y la paz. A la Argentina iremos todos y volveremos á trabajar nuestra tierra, á poseer nuestro ganado que el Altísimo bendecirá. Recordad las palabras del libro *Zeroim*: «Solo los que viven de su ganado y de su siembra tienen el alma pura y merecen la eternidad del paraíso». Si volvemos á esa vida retornaremos á nuestra existencia anterior y ojalá pueda en mi vejez besar esa tierra y bendecir bajo su cielo á mis hijos.

Así habló rabí Jehuda -Anakroi, el vene-

rable amigo de mi padre, el último representante de aquellos grandes rabinos que ilustraron con su sabiduría las sinagogas de España y de Portugal. Al repetir aquí sus palabras, beso en su nombre la tierra que me dió paz y alegría y con los judíos que le oyeran, digo:

—¡Amén!

EL SURCO

Un viento agita los distantes cardales. Hace frío. La mañana duerme en la pereza y una niebla muy fina vela los rayos del sol ineficaz. La campiña blanquea bajo la escarcha, que se agranda como una ilusión de nieve por todo el lugar. Mas allá trabajan los vecinos y en los momentos en que el viento calla se oye el ruido que hace la ruedita única del arado.

Tenemos que marcar un nuevo trozo para labrarlo. Debido á eso, hemos enyugado los bueyes más mansos. Colocamos á quinientos metros un palo con trapo rojo como señal y así haremos dos surcos, uno de ida y otro de vuelta. Trazar los surcos iniciales cons-

tituye una tarea solemne. Lo comprenden todos.

La pareja de bueyes tiene por esto un aspecto más grave. Rumian con lentitud rítmica y quietos esperan el comienzo, enganchados en el arado, cuyos brazos de hierro azulean bajo la escarcha. Mas, quien lo sabe mejor es el perro *Bárbos*. El acto es demasiado interesante para que la familia quede en casa. Ahí está, pues, la madre con el jarro lleno de café con leche y las muchachas. Vamos preparándolo todo.

—¿Estamos pronto?

—Pronto.

Yo dirijo los bueyes y mi hermano guía el arado. «¡Derecho!» «¡Izquierda!» Los bueyes comprenden su misión importante y caminan con paso digno y menudo. El palo con el trapo rojo da frente á la cadena atada en medio del yugo—un yugo sólido de quebracho, fabricado en la carpintería doméstica, en los días que la lluvia impide trabajar en el campo.

El arado cruje. Detrás va la madre y las mozas, atentas á la obra pausada. El gurí, con su onda y su inútil rebenque, salta y grita, menos serio que *Bárbos*. Este precede á los bueyes, cuyo andar acentúa con un

movimiento isócrono de cabeza y da vueltas con la cola. *Bárbos* muestra un buen humor saludable y su inteligencia de agricuitor experimentado, percibe con facilidad las proporciones trascendentales del acto. Así marcha, sin ocuparse de la frecuente perdiz ni de los saltos del gurí. Los bueyes tiran, resignados y dulces. Alargadas las cabezas por el esfuerzo, apenas sienten el yugo uncido á los cuernos enormes por las coyundas ignominiosas. De sus bocas cuelgan dos hilos de espuma. Y la tierra, enfriada por el invierno, se abre exhalando un olor de fuerte humedad que el grupo familiar aspira como un perfume. La rueda única del arado canta el salmo de las siembras fecundas y á lo lejos el trapo rojo se despliega con orgullo de bandera y el gurí acecha á una víbora que se despereza al sol...

LECHE FRESCA

No lejos del pozo familiar, junto al endeble palenque, la muchacha ordeñaba. La vaca, buena como un pedazo de pan. Permanecía inmóvil y á un metro de distancia, el ternerito, pisando la cuerda que le colgaba del cuello, mordía las hierbas diminutas. En su boca desaparecían, diluyendo sobre el rojo atenuado, el rocío en gotas de cristal. En el horizonte pintábanse franjas rosadas y la colonia toda amenecía. Abríanse los corrales, y los viejos de grandes barbas, aparecían en las puertas de los ranchos, mascando la oración de la mañana. A la aurora—la aurora de Dios alabada por el verbo de los santos rabinos—uníanse los diálogos del amanecer.

—¿Rastreamos, Remigio?

—No, don Efraim. Ha llovido demasiado; más vale arar.

—Bueno. Tome mate. Este—¡oiga Remigio!—enyugue al Chico y al Feo...

El viento de la madrugada trae un grito de la casa vecina:

—¿Va á la estación, rabí Efraim?

– ¡Sí! Va el peoncito.

—¡Que pregunte en el almacén si hay carta para mí!...

Y junto al palenque, torcido como una vaina de algarrobo, la moza ordeña á la vaca inmóvil. Está de rodillas y sus dedos aprietan las ubres magníficas que se exprimen en chorros de espuma. La aurora otoñal envuelve en luz al grupo y la moza deja ver, por la bata entreabierta los senos redondos y duros que el sol de los fuertes veranos ha dorado como frutas.

Cae la leche en el balde con una música suave que acorda con el resuello de la vaca y el respirar de Raquel.

El pelo desciende en olas oscuras sobre su espalda y su cuerpo se dibuja bajo el campesino percal en la plenitud sabrosa que las caderas exaltan en el ritmo enérgico de sus líneas en la forma de una rústica án-

fora de barro. La claridad de la aurora ilumina su perfil por sobre el ancho lomo de la vaca. Sus ojos tienen el azul que tiembla en las pupilas de la Virgen y la nariz resume en el bronceado arremango, las gracias esenciales de la raza.

Labriega, tú me recuerdas las mujeres augustas de la Escritura. Tú revives en la paz de los campos las heroínas bíblicas que custodiaban en las campiñas de Judea los dulces rebaños y durante las fiestas entonaban en los atrios del templo, los cánticos en loanza de Jehová. Raquel, tú eres Esther, Rebeca, Dvorah ó Judith. Repites sus tareas bajo el cielo benévolo y tus manos atan las rubias gavillas cuando el sol incendia en llamas de oro ondulante, las olas de trigo, sembrado por tus hermanos y bendecido por el ademán patriarcal de tu padre, que ya no es, ni prestamista ni mártir, como en la provincia de Besarabia.

Tu presencia renueva, con la vaca mansa y la cabra discreta, la vida remota de Jerusalém. Mira cómo ríen los ranchos á la faena naciente y allá, en medio de la colonia, el arroyo canta á la mañana y ofrece en pocillos de greda, agua fresca al buey y al caballo. Y como en los días lejanos de Je-

rusalém, tu padre, cubierta la frente por la cajita de cuero negro que contiene sentencias divinas, reza al Dios de Israel, Señor de los ejércitos, dueño del aire, de la luz y de la tierra, y en hebreo arcáico le saluda:

Baruj athá Adonái....

LA LLUVIA

La tarde se extingue en la dulzura de una paz beatífica. El cielo está teñido en los fulgores amarillos del sol. Los animales, conocedores de la hora, van aproximándose al corral. La colonia se recoge en el descanso. Tras de los ranchos, los arados levantan sus brazos en forma de lira y cerca del arroyo, el cencerro de la yegua repica.

Los viejos murmuran entre dientes el rezo nocturno. El padre pregunta:

—¿Volvió Juan?

—No, á ido á traer la montura que dejó el otro día en lo del carnicero.

—¿Y Rebeca?

—Se está lavando la cabeza...

—¿La Rosilla?

—Atada.

En efecto, la vaca rosilla, atada junto al corral, mueve la cabeza melancólicamente.

De pronto cae una lluvia estrepitosa, inesperada, con aquel alegre sol que reluce desgranado en diamantes, en la transparencia luminosa de las gotas.

Alguien grita:

—¡El ternero!

Y rápida, aparece Rebeca, consiguiendo agarrar al ternero antes de que se apodere de las ubres maternas. Aparece sin bata, cubierta escasamente por la toalla y la lluvia cae mojando sus pechos de moza labriega, fortalecida en el trabajo, triunfante como una diosa rústica, bajo la gloria de las crenchas tenebrosas.

LA SIESTA

Sábado, día del santo reposo, día bendecido por los escritos rabínicos y saludado en las oraciones de Jehuda Alevi—el poeta. La colonia duerme en una tibia modorra. Blancas las paredes y amarillos los techos de paja, las casuchas lucen al sol, sol benigno de la primavera campestre. Del cielo, lavado por la lluvia de la víspera, desciende una paz solemne, y de la tierra se elevan rumores apacibles. Floridos están los huertos y verdes los campos sin fin. En medio del potrero, el arroyuelo entona su melodía geórgica. Lenta y grave es la canción que dice el agua cubierta de círculos pequeños y en

el camino, uniformado por una densa colcha de polvo, una víbora muerta semeja un capricho de barro.

En el potrero descansa el ganado. Los bueyes rumian y mueven sus cabezas pensativamente y en los cuernos la luz se quiebra en flechas azuladas. También para ellos el sábado es día bendito. Allá, en un ángulo, repica el cencerro de la yegua madrina y el potrillo de manchas claras brinca y se revuelve sobre el pasto.

La casa del matarife está en silencio. Rabí Abraham duerme y duermen los muchachos, pues faltan todavía unas horas para los rezos de la tarde. El peoncito Jacobo, huérfano de la vecindad, trenza la cola del petizo amaestrado por él. Un viento ligero ondea sus bombachas y en el cinturón brilla el cabo de la daga y las diminutas boleadoras de plomo. La abuela, sentada en el umbral, tiene en las rodillas á la nieta. Es vieja la abuela. Un pañuelo blanco como leche oculta su pelo no menos blanco. Anchas arrugas señalan en esa cara bronceada sufrimientos antiguos, y mientras la niña tararea un cantar, la anciana suspira.

—¡Jacobo, deja el petizo! Hoy es sábado...

—¿Acaso trabajo, doña Raquel?

—Trabajas, hijo mío. El sábado hay que descansar. ¿No te lo ha enseñado Abraham?

Entre dientes, la niña canta en jerga vulgar:

Llorad y gemid, hijas de Sión
Llorad y gemid con nosotros...

—Abuela, ¿sabes esta canción? Nunca te la he oído.

—Sí la sé, hijita. ¿A ver? tienes sucia la cabeza.

—Me la lavaron ayer.

—Pero está sucia.

Y lentamente, pacientemente, revisa con los dedos el pelo de la chica.

—Ves—le dice—hay *uno*... y de las uñas apretadas sale un ruido imperceptible. *Dos, tres, cuatro*. ¡Hay muchos!...

—Abuela, cuéntame la historia aquella de Kischeneff.

En tanto, continúa tarareando la salmodia habitual.

—¡Otro! No te han lavado bien, querida.

—¿Y el canto del pastor, abuela?

—Es muy lindo, corazón mío. ¿Ya lo aprendiste?

—Me lo enseñó Rebeca.

Mientras la vieja sigue limpiando la ca-

beza rubia de la nieta, ésta ensaya el canto, en voz baja:

Una vez, en Canaan había un pastorcillo,
Al enriquecerse comerciaba en granos.

—Abuela, cuéntame la historia de Kischeneff. ¿Te acuerdas?

—Sí, hija. Otro, ¿ves? Te digo que te lavaron mal; estás llena de bichitos; un bichito, dos, tres. Mira éste ¡qué grande! Te comerían si no los matase.

—¿No dice el libro que no se puede matar á los seres vivos? ¿Cómo se llaman los seres vivos?

—Cherba-le-jaïm.

—¿Entonces?

—También las reses son seres vivos y tu padre las sacrifica.

Un vecino, don Zacarías, al pasar, se detiene:

—Buen sábado, doña Raquel.

—Buen año, rabí Zacarías. Aquí me tiene con mi nieta. Le han lavado mal la cabeza.

—Hay que cuidar á los niños, doña Raquel. ¿Qué harían si les faltásemos?

—Dios nos vigile, rabí Zacarías. Los hijos saben amar á sus padres cuando ya no los tienen.

—Así es. Ya lo ha dicho el Comentarista: los hijos saben apreciar á los padres al morir éstos, como la flor cortada cuando se marchita por falta de tronco... Oye Jacobo. ¿Olvidas que hoy es sábado?

—No estoy arando, rabí Zacarías; limpio mi caballo; le he dado de beber y le tengo pronto para juntar el ganado, al venir la noche.

—Es que tampoco se puede limpiarlo.

—Doña Raquel limpia la cabeza de Miryam...

—Déjelo á ese gaucho; no sabe más que contestar. ¡No ve, todo un gaucho! Bombachas, cinturón, cuchillo y hasta esas cositas de plomo para matar perdices; en cambio, en la sinagoga, permanece mudo y no sabe rezar. ¡Educado por mi hijo, el matarife, y no sabe rezar!

—Así son. ¿Ha oído usted la nueva?

—Diga usted.

—Pues, la muchacha de aquella casa.

Y con ademán despreciativo señaló la choza amarillenta de Ismael Rudmann.

—Ya me contó Abraham. Es una vergüenza. Pero, ¿será cierto?

—Lo es por desgracia. Esta mañana, rabí Ismael faltó á la sinagoga; debía leer el ca-

pítulo. Luego supimos por mi hermano lo sucedido. Huyó con el peón. ¡Un gaucho!

Jacobo se mezcló en el diálogo:

—Remigio era un guapo mozo. Me enseñó á enlazar y á domar.

—¡No ve! — exclamó doña Raquel—para este renegado es lo mismo... como si se hubiera ido con un judío.

De lejos viene la voz del boyero y la tarde palidece.

En la puerta, aparece la silueta venerable del matarife poniéndose la «túnica pequeña», cuyos cuatro flecos rituales rozan la cabeza de Raquel.

—Buen sábado, rabí Abraham.

—Buen sábado, buen año, rabí Zacarías. ¿Qué me dice de la novedad?

—Lo preveíamos. Hacía el samovar el sábado y comía gallinas muertas por el peón: ¡una perdida! ¿Ya habrá gente en la sinagoga?

Bajo el alero, donde se guardan las herramientas, Rebeca se sienta, revuelto el cabello por la siesta, y saluda con voz ronca. Jacobo, cansado del caballo, afila la daga en el alambre del corral y al oir á Rebeca, comienza á cantar como Remigio:

Pensamiento mío...
Vidalitá...

LLEGADA DE INMIGRANTES

En aquella mañana se hallaban en la estación Domínguez unas doscientas familias. Debían llegar por el tren de las diez los inmigrantes para establecerse en un punto no lejano de San Gregorio, cerca del bosque, donde, según las leyendas del pago, se albergaban cuatreros y tigres.

La primavera se abría en perfumes y las margaritas añadían tonos claros al verde jubiloso de la campaña.

El almacén estaba lleno y el gentío rumoreaba esperando á los que llegaban de Rusia, entre los cuales figuraba un rabino de Odessa, anciano venerable, talmudista de la Ieschuva de Vilna, quien á juzgar por

nuestras noticias, estuvo en París, donde lo recibió cortésmente el barón Hirsch — el «abuelo de la colonia».

En la estación, el jefe y el sargento, venidos de Villaguay para asistir á la llegada, conversaban, mientras unos peones jugaban á la taba rodeados de curiosos.

El matarife de nuestra colonia discutía con el de Rosch Pina, á quien deseaba confundir en presencia de tantas personas con su inagotable sabiduría. Se hablaba del rabino y el matarife de Rosch Pina daba informes subre su persona. Lo había conocido en Vilna, donde estudiara con él los libros sagrados. Era un hombre bueno y conocía el Talmud casi de memoria. Y fué él quien formó parte de la expedición á Palestina para comprar tierras, antes de llevar á cabo su proyecto el abuelo Hirsch.

— Nunca — dijo — ejerció de rabino. Al concluir los estudios se dedicó al comercio en Odessa y escribía en el *Azphira:* periódico escrito en hebreo antiguo, agregó, dirigiéndose á varios colonos que lo escuchaban.

Debatióse después un punto complicado sobre leyes domésticas y el matarife de Rajil

citó un pensamiento de Rамboám (1) el divino, sobre el sacrificio de las reses.

La espera de aquella multitud evocaba en cada uno recuerdos lejanos. Cada uno veía la mañana en que abandonó el fosco imperio del zar y veía la llegada á la tierra prometida, á la Jerusalém anunciada en las prédicas de la sinagoga y en las hojas sueltas, en las cuales, bajo el retrato de Hirsch, se proclamaba en versos rusos la excelencia del suelo:

A Palestina y Argentina,
iremos á labrar,
iremos, amigos y hermanos,
á ser libres y á vivir...

—Don Abraham — dijo el sargento —allí viene el tren.

Levantóse un rumor de ansiedad. Allá, trás la lomada, un hilo de humo ondulaba en el aire diáfano.

Cuando el tren se acercó los vítores estallaron como descargas. De los vagones descendían los inmigrantes, roídos por la miseria é iluminados los ojos de esperanza.

(1) De esta manera se designaba á Maimónides siendo *Romboam* una contracción de «Rabenu Moisés ben Maimon», como efectivamente se llamaba.

El último en aparecer fué el rabino. Era un viejo de rostro jovial, ancho y alto, de barba blanca y espesa. Lo rodearon los colonos agobiándole con saludos y bienvenidas.

Ya se hallaba á su lado el matarife de Rajil, don Abraham, mientras los viajeros lamentables desfilaban, con sus bultos y sus criaturas, extasiados en el azul profundo de aquella mañana.

Llegaron al almacén y don Abraham, desde el tronco de un árbol cortado, los saludó en forma solemne y con citas hebraicas. El rabino contestó comenzando con un versículo de Isaías y dió noticias desoladoras de Rusia.

—Aquí—dijo—trabajaremos nuestra tierra, cuidaremos nuestro ganado y comeremos nuestro pan.

Henchido de entusiasmo, imponente y profético, al viento la barba como una bandera, saltó del tronco y abrazó al sargento besándole en la boca.

Y la inmensa caravana se puso en marcha bajo la gloria del sol.

LA TRILLA

Eran las nueve de la mañana cuando los peones apartaron las últimas bolsas de nuestro trigo. La máquina paró y á la sombra de la parva cercana la gente se dispuso á tomar el café; un sol fuerte nos ahogaba tiñendo en llamaradas la campiña segada que parecía un inmenso cepillo de oro.

Lejos, en el potrero, en las quebradas, en torno de las pequeñas lagunas, los bueyes pacían, lentos y graves, en medio de la cháchara de los teros.

El alcalde de la colonia, viejo de grandes barbas, elocuente y astuto, elegido por el vecindario en una asamblea efectuada en la sinagoga, comentaba los resultados de la

cosecha y alababa las calidades de nuestro trigo.

Era analfabeto casi y sólo conocía por referencias ciertos pasajes de la Escritura que citaba á menudo al intervenir en la entrega de una reja ó en la compra de un rollo de alambre.

Y aquella mañana cálida, rodeado por los vecinos, á la sombra de la parva, peroraba sobre las ventajas de la vida rural.

—Bien sé yo—decía— que no estamos en Jerusalém: bien se yo que esta tierra no es aquella de nuestros antepasados. Pero, sembramos y tenemos trigo y de noche, cuando regresamos de la era tras del arado podemos bendecir al Altísimo porque nos ha conducido fuera de Rusia, donde éramos odiados y vivíamos perseguidos y pobres.

El matarife replicó: el trigo de Besarabia es más blanco que el de la Colonia y expresó pausadamente su descontento.

—En Rusia—dijo—se vive mal, pero se teme á Dios y se vive de acuerdo con su ley. Aquí los jóvenes se vuelven unos gauchos.

El agudo silbato de la máquina disolvió á los vecinos. Tocaba el turno á las parvas de Moisés Hintler, quien permanecía si-

lencioso junto á la casilla rodante del maquinista. Era bajito, flaco, y sus ojos redondos y diminutos traducían en su mirar de miope una alegría profunda. A su lado, la mujer, envejecida en la miseria del pueblo natal, contemplaba la faena y la hija Dvorah, moza robusta y ágil, preparaba el almuerzo.

Comenzó el trabajo. Subimos á la parva de Moisés para alcanzar las gavillas y los peones engrasaban en tanto la máquina formidable.

—Moisés—exclamó el alcalde.— ¿Tenías también parvas en Vilna? Allí trabajabas de joyero y componias relojes, ganando un par de rublos al mes. ¡Aquí, Moisés, tienes campo, trigo y ganado!

Levantó una copa de caña y brindó:

—Moisés: como decimos en Rusia, yo deseo que tu tierra sea siempre fecunda y que por abundante, no logres juntar su fruto.

Moisés permaneció silencioso tras de la máquina. En su cabeza se revolvían antiguos recuerdos de su vida lúgubre de Vilna, de su vida martirizada y triste de judío.

La rueda mayor giró y el grano empezó á derramarse como lluvia de perlas bajo

la bíblica bendición del cielo inundado de luz. Interpuso lentamente la mano sobre la cual el trigo caía en clara cascada, y así la tuvo mucho tiempo. A su lado, la mujer miraba con avidez y Dvorah miraba.

—¿Veis, hijos míos? Este trigo es nuestro...

Y sobre sus mejillas aradas por una larga miseria, corrieron dos lágrimas que cayeron junto con el grano en la primera bolsa de su cosecha...

LA HUERTA PERDIDA

Era un día caluroso y límpido. A los dos lados de la colonia, los sembrados verdeaban en las eras inmensas, onduladas levemente por un viento suave. En el vasto potrero que separaba las dos hileras de casas, los muchachos apartaban el ganado para conducirlo al pastoreo.

Era un período de descanso antes de comenzar la remoción de la tierra dejada para otras siembras. Y aquel día fuímos á la sinagoga, pues era aniversario de la muerte de un vecino y sus hijos tenían que decir las oraciones fúnebres prescritas por el rito.

Comentábase minuciosamente una reyerta ocurrida la víspera y el alcalde ges-

tionaba un arreglo. El matarife adujo razonamientos salomónicos y citó, como conocedor de las leyes usuales, algunas sentencias edificantes. Después de un cambio de insultos, en los cuales se historiaron con prolijidad diversos escándalos de las dos familias, se hizo la paz y los enemigos se reconciliaron.

Convinimos en ir á la estación esa tarde y los reconciliados nos hicieron algunos encargos.

—Me traerás las cartas.

—A mí el arroz que compré el domingo.

Regresamos en grupo. El cielo, bien azul, parecía más bajo, y detras de las casas, blancas y limpias algunas, otras con las paredes de paja, las huertas florecían al sol. Pocos árboles había en la colonia y solo frente á nuestra casa, un paraíso se elevaba sombreando solemnemente un trozo del camino.

Al llegar, advertimos, lejos, muy lejos, en el horizonte todo encendido, una nube vaga.

—Parece que lloverá.

—Parece—dijo el peoncito.

Como á las once la nube aumentó, extendiéndose visiblemente.

—Pregunten á don Gabino—aconsejó el alcalde.

Pero don Gabino, el boyero de la colonia, se hallaba con el ganado en un campo distante. El viejo criollo, que fué según contaba, soldado de Crispín Velázquez, era el astrónomo del lugar y sus predicciones no fallaban.

La hora del almuerzo dispersó pronto á los vecinos. Cada uno se retiró algo inquieto. Y la nube seguía creciendo en el azul tranquilo del horizonte. Se agrandaba y parecía descender.

Acostumbrados al mal tiempo, aquella nube sin vientos y sin truenos, preocupaba á la gente. Apoyadas en el alambrado, las familias observaban el fenómeno sin poderlo explicar. Ya nadie pensaba en ir á la estación y nadie comentaba el arreglo entre los vecinos en reyerta, efectuado por el matarife esa mañana, en la sinagoga, al terminar los huérfanos el último rezo en memoria del muerto.

Todos mirábamos aquella nube ya enorme que se extendía sobre el cielo. Se acercaba con lentitud y una hora más tarde descendió sobre nosotros el vuelo pesado de la langosta.

—¡La plaga!—gritó el matarife.

—¡Las huertas! ¡las huertas! Se acordaron todos y comenzó la defensa. El sol quedó obscurecido por la invasión espantosa y el paraíso, los postes de los corrales y del potrero se cubrieron de langosta, cuyo olor se difundió por la vasta campiña.

Las huertas eran manchas obscuras.

Los hombres, las mujeres y los muchachos salieron á combatir, batiendo latas y agitando bolsas contra la plaga terrible. Gritaba la gente para ahuyentarla, pero el esfuerzo resultaba inútil. La langosta segaba legumbres y flores mientras las mujeres lloraban y agitaban las bolsas.

—¡Raquel, tu planta!—gritó un niño.

Raquel, en medio de la huerta, arrojó la bolsa y se precipitó hacia el muchacho que le anunció el peligro. La langosta cubría su planta amada—una magnífica malva.

—¡Una bolsa, pronto, una bolsa!

Nadie la oyó. No atinó en el apuro en sacar de la casa, que distaba unos pasos de allí, un paño cualquiera para proteger la planta invadida. Rápidamente arrancóse la bata y empezó á espantar la langosta. Tenía la camisa pegada á la espalda robusta y los pechos temblaban chorreando su-

dor. Envolvió después la malva y con la trenza rubia, gruesa y blanda, se limpió la cara.

—¡Raquel!—llamó Moisés.—¡Raquel, ven á ayudar!

Se incorporó dificultosamente la moza y volvió á la huerta.

El combate fantástico duró unas horas entre gritos y tamboreos. Las huertas quedaron deshechas y la langosta ocupó los trigales.

Ya el sol desaparecía y la atmósfera era un poco más liviana. Regresamos tristes y huraños. El matarife mascullaba maldiciones y daba comienzo á los rezos de la tarde. Raquel se puso la bata, y cuando don Gabino volvió con el ganado, sólo se oía en la colonia el llanto entrecortado de las mujeres y el ladrido de los perros.

EL CANTAR DE LOS CANTARES

Porque tu amor es mejor
que el vino...

No lejos de la noria encontró el mozo á Esther apartando sandías, cuyas hojas y flores formaban tejido en el bosque de curvos troncos del maizal. Una luz suave acentuaba el amarillo de los girasoles y de la tierra subía un olor de humedad. Esther, viendo á Jaime, incorporóse. Separó con el pié las sandías cortadas y lentamente alargó la pollera encogida en torno de la cintura para que no se le enredara en la tarea. Sintió que sus mejillas se colorearon y apenas pudo decir con voz que le parecía ajena:

—¿Del trabajo ya?

Jaime no contestó. Erguido sobre el caballo, oyó sin entender la pregunta. Entre aquel plantío miraba el duro perfil de la muchacha desgreñada y jadeante. Al respirar, sus pechos redondos y tensos movían las hojas de maíz que le llegaban hasta la garganta. La inquietud dilataba sus pupilas, negras como tierra arada después de la lluvia.

No ignoraba ella el objeto de tan brusca aparición. Jaime la perseguía desde mucho tiempo atrás. Para ella eran las canciones entonadas en los intervalos de los bailes de la colonia, para ella las proezas de los rodeos. Y no le disgustaba aquel bravo mocetón, robusto como un roble y agil como una ardilla.

Aquietada un poco, miró su rostro tostado.

Sin darse cuenta repitió la pregunta. Él exclamó:

—¡Mira, Esther!

El campesino, con gesto inseguro, ofrecióle algo que no pudo distinguir en el primer momento.

—¿Qué es eso?

—Es para tí.

Eran huevos de perdiz que había encontrado cerca de la lomada próxima. Esther los

aceptó, y para acomodarlos bien, el hombre se bajó del caballo.

—Así no; se van á romper.

Al envolverlos, hincados en el suelo, Esther le rozó la cara con el cabello, sintiendo el estremecimiento que ese roce le produjo.

—Esther...

Los dos se quedaron en silencio, un silencio angustioso y largo. Repuesta un tanto, intentó ella disimular su turbación hablándole de cualquier cosa. Pero nada se le ocurría.

—Fíjate, Jaime, que alto es este maizal.

—Sí, es muy alto.

—En cambio, el de Isaac...

—Esther—volvió á decir el mozo—tengo que hablarte.

Ella bajó la cabeza mientras desgarraba con las manos temblorosas hojas de maíz.

—Me han dicho—continuó—que te quieren casar con un vecino de San Miguel. ¿Sabes quién me lo dijo? Fué Miryam; no, Miryam no ha sido, es la cuñada del alcalde...

—¡Ella, sí! — respondió Eshter — porque quiere que me case con su primo, el manco...

—Me han dicho también que el padre del novio les daria dos pares de bueyes y una vaca.

Esther trató de negarlo todo pero Jaime insistía.

—¿Qué piensas tú?—le preguntó.

—No sé todavía.

—Esther, yo vine á decirte que quiero casarme contigo.

La muchacha nada contestó al principio, y tan sólo después de haberle repetido varias veces la misma cosa, atinó á contestar:

—Habla con mi padre, yo no sé...

Un viento ligero silbó en el maizal y algunas hojitas de girasol cayeron sobre la obscura cabellera de la muchacha y una se deslizó al seno dejando ver por la bata su puntita amarilla.

—Me voy á casa...

—Te acompaño, Esther.

Al ponerse de pie, sin habérselo pensado, Jaime la atrajo hacia sí envolviéndola en un abrazo rudo y con un beso fuerte, beso que resonó en el maizal, le impidió un grito. Retiróse después, y con los brazos caídos, la miraba espantado.

Nada más se dijeron.

El subió á caballo y con paso lento se encaminaron á la colonia, bajo un sol tibio, cruzando la campiña.

Antes de llegar á la casa, Esther le dijo:

—¡Cómo me envidiarán!

—¡Y á mí! Mira, voy á domar para tí esa yegüita blanca que tengo...

En la casa ya, Jaime llamó afuera al padre y le comunicó su proyecto.

—Sabe usted, rabí Eliezer, como mi campo queda junto al suyo...

LAS LAMENTACIONES

Llorad y gemid, hijas de Sión.
Canto popular.

En casa de don Moisés, vecino respetado de Rajil, las mujeres se reunieron para decir las lamentaciones rituales. Eran los días señalados para conmemorar la pérdida de Jerusalém. La colonia tenía aspecto lúgubre y en la cara de los ancianos, el doloroso aniversario había acentuado las arrugas.

Alineados en dos bancos de madera, los viejos permanecían en silencio. La luna iluminaba en aquella magnífica noche entrerriana los rostros envejecidos, las barbas blancas, las manos largas y nudosas, evocando grupos místicos del tiempo de los

Apóstoles. ¿Quién no ha visto esos perfiles quemados y llenos de angustia en las estampas antiguas, en los cuadros murales de las iglesias?

Moisés, tu figura encorvada, tus pies desgarrados, tus ojos profundos y tristes recuerdan á los santos pescadores que acompañaban á Jesús por los arrabales, Jesús, tu enemigo, Jesús, el discípulo de Rabenu Hillel, tu maestro. Y los amigos de Jesús supieron de tus amarguras y mojaban el pan en sus lágrimas como tú al pensar en las penas que sufren tus hermanos, azotados en todas las ciudades y pisoteados por todos los caminos del mundo. Viejo Moisés, tu cara pálida, arada por el dolor como la tierra de tus hijos por el arado, es la misma cuyos ojos incendió la Buena Nueva, allá, cuando en el templo incomparable, las vírgenes levantaban hacia el santuario los brazos desnudos y del fondo de la Judea, los hombres venían para la Pascua, y traían en ofrenda al Señor, su albo cordero.

Como en el día de la Cautividad en que el héroe moribundo bramó en la sinagoga las tremendas palabras del Sana Toikif, así tus gemidos llenarán con su música fúnebre el cielo divino y la extensa campiña donde

ondula el ritmo de las vidalitas, los suspiros de amor, los jadeos del ganado. Como entonces, nadie responderá á tu cántico y si otra vez Jehuda Alevi entra á Jerusalém, cubierta la cabeza con una bolsa de ceniza en señal del duelo y recita su elegía, el sarraceno volverá á aplastarle bajo su caballo...



—Recemos ya, madre.

—Es temprano todavía. Tiene que venir aún la mujer del matarife, su hermana y la partera.

—La partera, ¡vaya!—exclamó una vieja. —Si no sabe leer. Hay que decir antes las palabras y ella las repite.

—Y al oir como llora, se diría que ella ha compuesto las oraciones.

—Muchos son así—respondió la mujer de Moisés—no saben leer una letra en el *Majzor*, pero sienten.

Los hombres entraron.

—Recemos antes las oraciones nocturnas y después diremos los trenos — propuso Moisés.

—¿Hay diez hombres?

Somos catorce.

—Empecemos.

Y Moisés, dado vuelta hacia oriente, dió comienzo con las palabras clásicas:

—*Baruj Athá Adonáï.*

Transcurridas las oraciones, las mujeres se sentaron en el suelo, en el otro lado los hombres, y las lamentaciones comenzaron. Las bocas, torcidas por una mueca doliente, gimieron en la quietud de la noche impregnada de aromas, las quejas seculares de la raza. Lágrimas gruesas como gotas de lluvia, caían sobre los textos alumbrados por velas domésticas, mientras afuera, los perros unieron al llanto unánime, sus ladridos, largos y hondos.

«Feliz la viuda á quien asiste la certidumbre que su esposo no retornará...», masculló la voz del matarife. «Jerusalém, cual una mujer que ignora la suerte de su esposo, desgarra sus vestiduras, muerde la tierra y se mece los cabellos al viento, Jerusalém, así eres tú, la más bella de las tierras, desolada y hollada por los enemigos».

—Así eres tú, Jerusalém—repetían las mujeres ahogadas por el sollozo y sus gritos, entregados á la brisa, repercutían en la acústica del campo.

En el patio, Rebeca conversaba con Jacobo.

Sus ojos azules, su cabellera maciza, su cuerpo flexible, inspiraban al peoncito bravuras de domador.

—Y tú ¿por qué no rezas?

—Aún soy chica. Cuando me case voy á rezar como las demás.

—Mejor.

—¿Sí?

—Claro, así estoy contigo...

—Estás casi todo el día...

Iba á contestar Jacobo, pero otra vez el llanto de las mujeres estalló y los hombres renovaron las lamentaciones, evocando la gloria abolida de Jerusalém—Ieruschulaim—dosel de la Sabiduría, trono de la Justicia, reino de los Profetas. Las voces siguieron clamoreando la eterna penuria de Israel y los perros ladraron con los hocicos hacia la luna.

—Rebeca, me han dicho que tienes novio...

—No es cierto, son inventos tuyos.

—Pero quisieras tenerlo.

Rebeca guardó silencio. Jacobo, saturado por el perfume de los huertos cercanos, hinoptizado por la dulzura del cielo—el cielo único de Entre Ríos — se apoderó de una

mano de Rebeca, y juntándola á su pecho, puso un beso infinitamente largo sobre sus ojos.

Del otro lado del potrero, un vecino que regresaba de la estación, cantó la endecha de los judíos:

> Vaga un hombre por el mundo,
> va de ciudad en ciudad...

Adentro, los viejos continuaban sus clamores: Jerusalém, desgarrada y lúgubre, las lágrimas de tus hijos corren como las aguas del mar...

EL EPISODIO DE MIRYAM

Rogelio Miguez y Miryam tan solo se entendian por medio del canto. Rogelio era el mozo más afortunado de aquel pago entrerriano. Eximio improvisador de vidalitas, sabía modularlas en los bailes campestres y arrancar, junto con los gemidos de su ilustre guitarra, lágrimas á las muchachas. Era extraordinario. Elegante en su desaliño rural, se distinguía entre todos y ninguno podía ostentar en su biografía tantas aventuras de amor. Tampoco era lo que se llama un buen mozo. Tenía siempre la misma cara taciturna y raras veces reía.

Los peones de la colonia, envidiosos de sus triunfos, alegaban en contra suya su nin-

guna habilidad en el juego de la taba. Tenia pocos amigos. Los israelitas del pueblito lo estimaban por su buen carácter y por su laboriosidad. Así, no debía extrañarse que Jacobo Jalerman lo cuidara como á un tesoro. Don Jacobo, viejo de ancha barba, naríz curva y mejillas secas, antiguo alumno de la escuela hebrea de Vilna, cerealista en Basarabia y agricultor en Entre Ríos, solía explicar las excelencias de su peón incomparable. Recurría á comentarios de la Guemara y á citas difíciles, y una tarde, llegó hasta convencer á sus oyentes de que Rogelio aceptaría los preceptos mosáicos si su luces escasas de cristiano le permitieran comprender la verdad.

—¿Os acordáis de la sentencia de Rabenu Jehuda? (1) — solía interrogar á propósito al maestro del colegio colonial.—Decía en sus interpretaciones que sólo un oscurecimiento maligno de los cerebros impide á todos los hombres seguir la ley de Jehová...

Miryam, su hija, profundizaba mucho menos. No habiendo estudiado las Escrituras en la ciudad lituana, como don Jacobo, no era por eso afecta á las sutilezas teológi-

(1) RABENU JEHUDA A—KADOSCH el *Comentarista*.

cas. Para elogiar á Rogelio no se valía de las máximas que ocultan los rabinos en los recovecos del Talmud. Tampoco entendía las conversaciones del peón. Hacía poco tiempo que habían venido de Rusia y el idioma le parecía más duro que una piedra. En cambio, comprendía sus canciones. Cuando Rogelio entonaba una vidalita, ella inevitablemente respondía con un canto judío, extraño á los oídos del criollo, que se embelesaba oyéndola. Y su rostro morocho se iluminaba al oir á la robusta muchacha, rubia como la tarde y los trigales. Cuando don Jacobo y Rogelio salían al campo, ella les llevaba el desayuno. Junto al arado, fuera del surco, entreteníanse dialogando. El sol bañaba en luz matinal el grupo labriego y don Jacobo, alisando la densa barba, comentaba las vueltas· hechas y la resistencia de los bueyes, negros bueyes bíblicos, enormes como montañas y mansos como criaturas. Cada uno llevaba su nombre deprimente para Rusia: *Czar*, *Moscú*, *Czarevich*....

—Alejandro III tiene una llaga en la nuca...

—Pierda cuidao, patrón— respondía Rogelio y dirigiéndose á Miryam, afirmaba:

—Está bueno el café con leche, patroncita...

—¿Hoy trabajar mucho?

—Jugando no más...

En los descuidos de don Jacobo, Rogelio arrojaba á la muchacha pelotillas de hierba.

Esas relaciones comenzaban á comentarse en las tertulias de la colonia. La gente extrañaba la conducta demasiado liberal de Miryam, hija de un hombre tan religioso é instruído como don Jacobo. Los comentarios se convirtieron pronto en murmullos. El chico Isaac les había visto á los dos sentados en la costa del arroyo que divide el potrero común. Raquel, madre del matarife, sostenia haberlos encontrado en el mismo sitio y otra vez los divisó detras de la casa comiendo sandía.

Don Jacobo no ignoraba esos comentarios y esos murmullos, en los cuales, claro está, no creía. A las indirectas de sus amigos de la sinagoga, contestaba con argucias rabínicas y concluía siempre:

—Miryam no se casará con un cristiano; no tengan miedo. Además — Rogelio, por ejemplo—no roba ni mata. En su cuarto no se encontrarán rollos de alambre ni el cencerro de la yegua madrina.

Con eso aludía á la familia más fanática

que practicaba en la colonia un colectivismo prematuro.

Pero don Jacobo, persona prudente, despidió al peón pretextando falta de trabajo. Las chismografías terminaron. El matarife mismo declaró un sábado que don Jacobo era un hombre de honor y Miryam una digna muchacha—una muchacha hebrea al fin.

Pero el episodio concluyó de una manera inesperada.

Celebrábase la Pascua en la sinagoga, instalada en el rancho del matarife. Estaba lleno de colonos. Las mozas lucían vestidos de alegres colores y los jóvenes discutían sobre las cualidades de sus caballos.

La tarde se anegaba en los perfumes del otoño naciente, y en el potrero bordeado de casuchas, el ganado descansaba de sus largas faenas.

Don Jacobo, con la túnica sagrada sobre los hombros, dilucidaba con su elocuencia habitual, detalles complicados de la Biblia. De pronto un niño gritó:

—¡Miren, miren allí!

Todos los colonos salieron de la Sinagoga y pudieron presenciar algo horrible: Rogelio, en su brioso alazán, venía á to-

do correr con Miryam en ancas. Pasaron como viento, erguido el criollo como un conquistador y ella, suelta la cabellera, hizo un saludo con sus ojos de llama y cuando la gente volvió de su asumbro, la pareja fugitiva era un punto en la distancia. En el camino, una vasta polvareda se elevaba en polvo de oro.

EL BOYERO

D. Remigio Calamaco, —así se llamaba el boyero de Rajil,—era uno de los tipos más característicos de la colonia. Viejo, muy viejo, veíasele siempre á caballo, recorriendo el potrero ó bien en los alrededores de las quintas, cerca de los sembrados, sus silbidos atravesaban el aire como flechas. Era alto y ancho, rugosa la cara toda cubierta de cicatrices, larga la melena, larga la barba que el viento agitaba en el invariable galope de su pangaré.

Soldado de Crispín Velázquez, peleó en su mocedad junto con el caudillo tradicional. En las tardes de lluvia, cuando las hondonadas parecían arroyos, don Remigio

refería antiguas proezas á los mozos judíos reunidos en la carpa. Allí celebrábamos tertulia, mientras la china hospitalaria nos servía el amargo y el muchacho rasgueaba canciones del pago en la desmedrada guitarra, sobre cuyo lomo el viejo solía picar su tabaco. Eran los días preferidos de don Remigio.

El ganado permanecía en el potrero, los colonos no trabajaban. D. Remigio se sentaba junto al brasero familiar, donde un trozo de quebracho perpetuaba un fuego sin humo, y contaba hazañas heróicas. Extendía sobre la piel de carnero su pierna torcida en un trance de rodeo, liaba su negro, que metía en la boca hasta el extremo opuesto y hablaba. Su voz ronca cobraba sonoridades bruscas en los inacabables relatos. Jamás omitía el nombre de Velázquez y si notaba un gesto de duda en el auditorio habitual, apelaba al testimonio del comisario, don Benito Palas, cuyo sargento fuera años atrás, cuando los matreros llenaban el pajonal de San Gregorio. Naturalmente, no sabía leer. Su ciencia se componía de aforismos camperos, anécdotas de olvidados combates y los dicharachos tejidos en el intérvalo de las carreras en la

estación ó los agudos retruécanos con que zahiriera al adversario —un maula siempre —en una partida de taba.

Claro está, paisano tan ilustre no desconocía el arte de payar. Más de un criollo de Villaguay recuerda todavía los triunfos obtenidos por don Remigio Calamaco en los bailes de la comarca.

Las muchachas se disputaban sus trovas y más de una vez, como en las láminas del tiempo ya ido, conquistaba la morocha más linda con una décima, tan temible como su daga, cuyo cabo de plata brillara en duelos incontables al fulgor de la luna.

Anciano ya, en la mísera choza donde entraba la lluvia y el viento, don Remigio aún solía evocar en un rasgueo los años de su juventud. Entonces el episodio montonero cedía su sitio á un recuerdo galante. Sus dedos esqueléticos se animaban, su rostro flaco y fiero tornábase dulce.

—¡Traí la guitarra, Juan! Entuavía sé algo.

Afinaba las cuerdas con lenta minuciosidad y tras prolijos ensayos comenzaba con su añejo repertorio de cantares.

Eran las conocidas décimas de todos los paisanos, coplas que destilan el alma pen-

sativa y ruda de los gauchos en mezcla de valerosa barbarie y ternuras de amor.

En ellas la luna y la fronda forman la decoración invariable poetizando la gallardía rústica de la amada, cuyas trenzas y ojos elogian en quejumbres sin fin las gimientes bordonas.

Y don Remigio terminaba cada décima con esta exclamación:

—Ansina se cantaba en mi tiempo.

Como todos los viejos, el boyero añoraba el tiempo transcurrido, las hazañas de su edad juvenil — cuando mandaba don Crispín—y su alma áspera y buena se llenaba de nostalgía. Paladín de huestes bravías, concluía su existencia repleta de hechos gloriosos, en las monótonas tareas de la colonia. Ni siquiera rodeos ni yerras. Dividido en predios las enormes extensiones de tierra, alambrados por todas partes, su espíritu acostumbrado al comunismo de antes, se sentía oprimido en el nuevo régimen. Disperso el criollaje, muertos los camaradas de los días heróicos, miraba con oculta tristeza á los extranjeros, que araban el campo y llevaban la cuenta de los terneros y de las gallinas.

Su vejez, llena de lamentos como su guitarra, traducía la melancolía infinita de los vencidos. Así vivía vida simple en Rajil domando caballos para los judíos y ayudando á manear vacas ariscas para ordeñarlas. Poco pudo comprender los ritos hebráicos. Estimaba á esa gente trabajadora y humilde cuya religión no alcanzaba. Sabía que el sábado no se hacía fuego y el viérnes á la noche iba con frecuencia al rancho del matarife ó del alcalde, para apagar ó avivar el fuego del horno, donde se cocía para el día siguiente la carne del almuerzo y la pasta clásica dorada en grasa de gallina.

Lo queríamos todos y el día que se supo su desgracia los colonos se aflijieron profundamente. Es un episodio que termina de un modo digno su vida de guerrero. Pinta el tipo de esos criollos antiguos, cuya historia, referida en romances, asombrará á las generaciones venideras. ¿Quién no recuerda el suceso en la colonia? Los judíos lo comentaron muchos sábados en la sinagoga y las mujeres lo narran hasta hoy con espanto.



Fué un día domingo, cerca de la pulpería de La Capilla. Gallegos y judíos hacían sus compras en el precario almacén. Afuera los peones proyectaban carreras, favorecidos por un sol magnífico. No lejos, el arroyo de Los Lagartos se extendía como un hilo gris, interrumpido por el tajamar. Margaritas y tártagos florecían en la campiña, y los cardos agregaban al paisaje primaveral su nota chillona.

Cruzáronse apuestas en tanto D. Remigio, haciendo sonar el pesado rebenque sobre las botas, provocaba á los mozos:

—Vos, Melitón, á ver si t'animás con tu bayo. ¡Tenés miedo como un dotor!

Agitaba su poncho de antaño, descubriendo en el tirador constelado de plateria, la daga insigne y las boleadoras pendientes.

Requintaba el agujereado chambergo de alta copa, y caminaba zapateando de un grupo á otro. Ya fallaba sobre una meta dudosa; ya reprochaba á alguien un detalle cualquiera, haciendo retruécanos y canturreando entre dientes.

A veces el sargento Rodríguez acallaba

una disputa con un grito desde la puerta de la pulpería, pues el comisario se hallaba en la estación, donde el juego á la taba exigía su presencia.

Don Remigio se encaró con un gaucho, afirmando que su pangaré corría más que cualquiera de los caballos.

—¡Juan!—gritó á su hijo.—Mirá, ché, enseñale como corre este animal.

Y la apuesta quedó convenida.

Juan montó el caballo de D. Remigio, y Castro, peón de los Benitez, su alazán. El gauchaje se reunió junto al corral, que era la meta, para presenciar el espectáculo. Los caballos se tendieron en furiosa carrera, viéndose desde lejos como los jinetes revoloteaban los rebenques y sus gritos llegaban con el ruido de las pisadas. El pangaré llevaba una ventaja visible, que pregonaban las exclamaciones de los gauchos.

Ya cerca del corral, rodó el alazán, y Castro quedó parado en el suelo. Una agria disputa sucedió al accidente. Castro aseguraba qué á no ser por la rodada habria ganado la apuesta. Juan protestó y á una dura palabra del otro se produjo la pelea. Los peones se apartaron, y D. Re-

migio, sereno y grave, encendió su negro diciendo:

—Portáte bien, m'hijo.

El lance fué breve. Las dagas se entrechocaron en la quietud de la tarde, amagando los adversarios los ágiles golpes con su maestría nativa.

Castro arreció en los ataques, nervioso y terrible. Dos ó tres veces, el rostro de D. Remigio se obscureció viendo retroceder á su hijo en la brava pelea. Iba acercándolo al grupo seguro de su superioridad. El viejo con la izquierda en la barba y la diestra en la daga, miraba el cuadro. Volvió á ceder el hijo y de pronto, al retroceder ante un nuevo ataque, D. Remigio, le hendió la daga en la cabeza, en un movimiento rápido, gritando:

—¡No reculés, maula!

Se oyó un gemido y el gentío se retiró un paso. Lentamente, D. Remigio se encaminó á la pulpería, mientras los demás trataban de levantar al herido.

Castro montó su alazán alejándose á galope y la peonada comentaba lo ocurrido en voz baja, con murmullos de admiración por el anciano criollo, último sobreviviente de aquella raza de héroes que pobló de le-

yendas la comarca entrerriana, capaz de soportarlo todo, menos la falta de valor, el valor que es el rasgo superlativo del gaucho, el valor, que es su nobleza y poesia.

Asi puso fin á su historia el glorioso boyero, y con este episodio cerró su existensia en una celda de la cárcel, agobiado de años y de recuerdos.

LA MUERTE DE RABÍ ABRAHAM

El hecho sucedió en Rajil. Era un día de invierno, diáfano y frío. Recién asomaba el sol sobre las lomas distantes rosando la escarcha que cubría la campiña. Escarchados los postes, escarchados los techos de los ranchos, blanco el camino, aquel rincón entrerriano evocaba más bien un paisaje de país de nieve, una lámina rusa en la tierra armoniosa y bravía de los gauchos.

Era hora de comenzar las tareas. Rabí Abraham iba y venía del corral á la casa, preparando la partida para el predio. En la cocina, llena de humo de leña húmeda, los muchachos apuraban el «amargo», golpeando con los piés el suelo para entrar en ca-

lor. Goyo, el peón, se desperezaba, soñoliento aún, y la vieja judía revisaba los nidales de las gallinas, repitiendo la queja inevitable de todas las mañanas:

—Nunca ponen en el mismo sitio...

Y don Goyo contestaba, entre bostezos, sin cambiar jamás las palabras:

—Mal enseñaos, patrona....

De los charcos venía el grito de los teros y lejos, allá donde se perdía la línea gris del arroyo, la yeguada extremecía la serena quietud del amanecer poblando el espacio con sus relinchos. Poco á poco, el sol se agrandaba enrojeciendo las nubes desleidas como manchas sobre la tersura metálica del cielo. Notábase movimiento en todas las casas de la colonia. Los judíos y los peones enyugaban los bueyes, entumecidos por la noche. De cuando en cuando, el viento traía una exclamación que los muchachos contestaban entre risas.

—¡El yaguané, nó! gritaron en la casa vecina.

Ruth apareció en la cocina, desgreñada, envuelta en un manto de lana que daba á su hermosura de moza fresca y rústica, un aspecto de salvaje arrogancia. Revolvió el fuego participando en el mate de la reunión

matinal y con un ademán desabrido respondió al requiebro del gaucho.

Cerca de la puerta, Rabí Abraham se puso á rezar envolviendo con lentitud la mano izquierda en las tiras rituales del Símbolo—«schel-iod»—poniéndose el otro en la frente, cubierta por la túnica que daba á su silueta un aire oriental y solemne. Gravemente pronunciaba las palabras invocando en el idioma que habló Jehová á los profetas, la alegría para los suyos, la bendición unánime para el universo.

Al terminar las plegarias, el sol ya estaba alto. Deshacíase la escarcha en perlas y los paraisos y los tártagos parecían renacer en la música de la mañana. Un soplo ligero movía las coronas de novia en el entumecido jardín, croaban las ranas en contraste con el canto de los pájaros y el aire y el día vibraba como un toque de misa.

Rabí Abraham apresuró al peón y á los muchachos. Unos se dirigieron á ensillar los caballos y el peón entró al corral.

Rabí Abraham le dijo:

—Enyugue al Manso y al Gordo.

Don Goyo se encogió de hombros, empezó á azuzar el ganado bajo cuyas patas crugía la boñiga endurecida por la helada.

Se apoyó en el palenque y lió su «negro». Después se entretuvo en enlazar á los bueyes apesar de que su mansedumbre excluía cualquier precaución.

Era así don Goyo. Su laboriosidad se manifestaba tan solo junto al asado y al mate. Sabiéndolo el colono entró también al corral á fin de enyugar con más rapidez.

--Si no nos apuramos, no alcanzaremos ni cuatro vueltas siquiera.

El peón no contestó. Pausadamente atrajo un buey al palenque y empezó á uncirlo al yugo.

—Este, no, don Goyo. Enyugue al Manso y al Gordo porque el Chico trabajó toda la semana y está algo enfermo.

—Vea, patrón, el Manso no me gusta porque se sale del surco á cada rato.

Con su escaso vocabulario Rabí Abraham intentó convencerle, sonriendo, para atenuar la energía de la orden.

Don Goyo prosiguió sin hacerle caso.

El colono, irritado ya, lo apartó atrayendo al Manso por los cuernos. Los ojos del peón resplandecieron, duros y feroces. Fué cosa de un instante. Rabí Abraham lo advirtió cuando el paisano ya tenía el facón desnudado y al amenazarlo con el yugo,

don Goyo lo apartó con la izquierda en un salto de tigre, hundiéndole el arma en el pecho.

Don Goyo salió del corral perdiéndose en las quintas y recién al venir los muchachos del potrero vieron al padre yacer entre los bueyes. A los gritos y llantos se reunió la vecindad azorada, y todas las mujeres estallaron en largos lamentos, largos y tristes como ladridos.

Sacaron á Rabí Abraham, extendiéndolo en el suelo. Pusiéronle la túnica que envolvía sus hombros. La cara torcida en un rictus doloroso, los ojos abiertos y hundidos, la barba rubia y densa realzaba el pavor trágico del cuadro, cuadro antiguo que evocaba las pinturas religiosas. Rabí Abraham, con su cabellera, con su barba, con su túnica, parecía Nuestro Señor Jesucristo, velado por los ancianos y las santas mujeres de Jerusalém....

LA LECHUZA

Jacobo pasó en su petizo ante la casa de Reiner saludando en criollo. La vieja contestó en judío y la chicuela, le preguntó si había visto al regresar de la era, á Moisés, que partiera de mañana en busca del tordillo.

—¿Moisés? interrogó el muchaco; ¿Se fué en el caballo blanco?

—En el blanco.

—¿Enderezó por el camino de Las Moscas?

—No, respondió Perla; tomó el camino de San Miguel.

—¿De San Miguel? No lo he visto.

La vieja se lamentó con voz que traducía su inquietud.

—Ya atardece y mi hijo partió tan sólo con unos mates y no llevó revólver.

—No hay cuidado, señora; se puede recorrer todos los alrededores sin encontrar un sospechoso.

—Dios te oiga, añadió doña Eva; dicen que cerca de los campos de Ornstein merodean bandidos.

El diálogo terminó con una palabra tranquilizadora de Jacobo, quien espoleó el petizo, obligándolo á un corcovo para lucir su habilidad de ginete en presencia de Perla.

El sol declinaba allá lejos y la tarde de otoño se adormecía en vaguedades de ensueño. En el cielo, se diluían franjas rojizas. El tono amarillento de las huertas, el verde pálido del potrero, quebrado por el arroyo angosto y gris, daban al paisaje una melancolía dulce como en los poemas hebráicos en que las pastoras retornan con el rebaño sonámbulo bajo el firmamento de Canaan....

Sumíanse en obscuridad las casucas de la colonia y en los alambrados estallaban en reflejos vivaces los últimos rayos.

—Es tarde, hija mía y Moisés no llega...

—No hay temor, madre; no es la primera yez. ¿Te acuerdas del año pasado, en

vísperas de Pascua, cuando fué con el carro al bosque de San Gregorio? Vino con la leña al día siguiente.

—Sí, recuerdo; pero llevaba revólver y además, cerca de San Gregorio hay una colonia....

Un largo silencio siguió á la conversación. Grillos y ranas perturbaban con su chirriar la quietud augusta del crepúsculo. En los charcos los teros elevaban su grito y de la selva próxima se oían ruídos confusos.

Una lechuza voló sobre el corral, graznando lúgubremente y se posó en un poste.

—Es feo este pajarraco, dijo la chicuela.

Graznó otra vez la lechuza, mirando á las mujeres, en cuyo espíritu sus ojos produjeron la misma sugestión agorera.

—Dicen los gauchos, balbuceó Perla, que es ave de mal presagio....

—Dicen así, pero no creo. ¿Qué saben los gauchos?

—¿No decimos nosotros los judíos que el cuervo anuncia la muerte?

—¡Ah, es otra cosa!

La lechuza voló casi á ras de suelo hasta el alero, donde lanzó un graznido y tornó al poste, mirando siempre á las mujeres.

En el extremo del camino lleno de sombra resonaron las pisadas de un caballo. La chica hundió los ojos, haciendo visera de las manos, desengañando á la madre.

—No es blanco....

De la hilera opuesta de casas, el viento traía el eco de un canto, uno de esos cantos monótonos y tristes en los cuales los copleros de la raza añoran en jerga vulgar la pérdida de Jerusalem y exhortan á las hijas de Sión, «magnífica y única» á llorar en la noche para despertar con sus lágrimas la piedad del Señor. Maquinalmente, Perla repitió en voz baja:

Llorad y gemid, hijas de Sión...

Después, con voz más fuerte, cantó la copla de los judíos de España, que le enseñara en la escuela el maestro Rabí David Ben-Azán, israelita marroquí, traído de Buenos Aires:

Hemos perdido á Sión
Hemos perdido á Toledo
No queda consolación.....

Como la madre continuara inquietándose, la muchacha, para distraerla, reanudó la conversación anterior.

—¿Tú crees en los sueños? Hace unos días, doña Raquel contó algo que nos dió miedo.

Perla relató lo dicho por la madre del matarife y la vieja contó á su vez una historia siniestra, ocurrida en Kischeneff.

Una prima suya «hermosa como un astro», se comprometió con un vecino de la aldea. Era carretero, muy pobre, muy honrado y temeroso de Dios. Pero la moza no lo quería por ser jorobado. En la noche del compromiso, la mujer del rabino—una santa mujer—vió un cuervo.

El novio vendió un caballo y con el dinero compró un misal que regaló á la novia. Dos días antes del casamiento se anuló el compromiso y la moza se casó al año siguiente con un hombre muy rico.

El recuerdo del suceso causó honda impresión en el ánimo de doña Eva. Su cara se alargó en la sombra y en voz baja narró el episodio. Casóse la muchacha y uno á uno fueron muriendo sus hijos para desdicha de aquel hogar. ¿Y el primer novio? El buen hombre había muerto. Entonces el rabino de la ciudad, consultado por la familia, intervino. Revisó los textos sagrados y halló en las leyes domésticas—dictadas

por el Señor á los profetas—un caso parecido. Aconsejó á la mujer que devolviera al difunto su lujoso misal, recuperando así la tranquilidad y la dicha.

—Llévalo, le dijo, bajo el brazo derecho, mañana á la tarde y devuélveselo.

Nada respondió la afligida. Al otro día, al caer la tarde, misal bajo el brazo, salió. Una lluvia lenta le golpeaba el rostro y sus piés, débiles por el miedo, apenas si acertaban con el paso sobre la nieve endurecida. En los suburbios ya, fatigada y triste, se guareció bajo un techo meditando en los hijos muertos y en el primer novio, cuya figura se desvaneciera en su memoria durante largo tiempo. Lentamente hojeaba el misal cuyas iniciales frondosas, de estilo arcaico, impresas en un rojo ténue, gustara tanto mirar, en las fiestas de la Sinagoga, mientras el coro recitaba las oraciones antiguas de la Cautividad.

De pronto sus ojos se obscurecieron y al abrirlos vió en su presencia al carretero, con su cara resignada y huraña, su cuerpo maltrecho y su joroba....

—Es tuyo este misal y te lo devuelvo,— le dijo.

El aparecido, que tenía tierra en los ojos, extendió una mano y recibió el libro.

Entonces la mujer, recordando el consejo del rabino, agregó:

—Alma del cielo, que la paz sea contigo y reza por mí en las alturas: yo pediré á Dios por tu salvación.

Perla suspiró profundamente. Ya cerraba la noche, apacible y diáfana. En la lejanía, las luciérnagas se agitaban como chispas diminutas añadiendo al espíritu de la anciana y de la chica un vago terror de fantasma. Y allí, sobre el palenque en cuyo torno reposaba el ganado, la lechuza continuaba mirando el grupo con sus ojos agoreros, lucientes y fijos....

Obsesionada por un pensamiento oculto, la niña continuó:

—Pero si el gaucho dice tales cosas del pájaro, bien pudiera ser....

Doña Eva miró el palenque y luego extendió su mirada sobre el camino negro y con voz temblorosa, casi imperceptible, murmuró:

—Bien pudiera ser, hija mía....

Un frío agudo estremecióla íntegra y Perla, con la garganta oprimida por la misma angustia, se arrimó á la viejecita. En esto se

oyó el eco de un galope. Las dos se agacharon para oir mejor tratando de ver en la densa obscuridad. Su respiración era jadeante y los minutos se deslizaban sobre sus corazones con la lentitud abrumadora de siglos. Ahullaron los perros de la vecindad. El galope se oía cada vez más precipitado y nítido y un instante después divisaron el caballo blanco que venía en impetuosa carrera. Se pararon madre é hija llenas de espanto y de sus bocas salió un grito enorme y trágico. El caballo sudoroso se detuvo en el portón, sin el ginete, con la silla ensangrentada....

LAS BODAS DE CAMACHO

Desde hacía dos semanas los vecinos de todas las colonias esperaban el día del casamiento de Pascual Liske, hijo del rico Liske, que vivía en Espíndola. Naturalmente, lo más respetable de cada colonia se preparaba para la fiesta, que prometía á juzgar por los comentarios, ser cosa excepcional. En Rajil se sabía ya que la familia del novio había comprado en Villaguay ocho damajuanas de vino, un barril de cerveza y varias botellas de resfrescos de color rosado. Trajo la noticia la mujer de Kelner, que los vió conducir junto con el vino, al detenerse el peón de Liske en Balvanera para cambiar la lanza del carro, rota en un percance, cerca del tajamar.

—Son de color rosado; dijo, y añadió, dirigiéndose á la mujer del matarife, cuyos ojos dilatados denunciaban su incredulidad.

—Sí, refrescos de color rosado y con sellos de lacre en el corcho...

Por otra parte, la fortuna del viejo Liske justificaba semejantes derroches. Además del campo y los bueyes que le diera la administración, poseía vacas y caballos. La cosecha de lino del año anterior produjole más de mil pesos, y por lo tanto, bien podía casar á su hijo en tal forma. Y la novia lo merecía. Raquel era sin duda una de las muchacas más hermosas del lugar. Alta, de cabellera rubia, tan densa y tan rubia que daba una sensación de humedad, y ojos tan azules que mareaban como el mar... Esbelto y fuerte era su cuerpo, cuyas enérgicas líneas diseñaba la corta pollera de zaraza y la bata que descubría el comienzo de sus senos macizos y móviles. Sentábanle bien el aire un poco huraño y los gestos displicentes. Muchos intentaron aventura con ella, desde el escribiente de la administración hasta los mozos de la colonia, pero ninguno pudo vanagloriarse de una respuesta amable. Pascual Liske fué el más pertinaz, pero no el más afortunado durante los primeros tiempos, á pesar de su insis-

tencia y de sus regalos. Raquel no lo quería. Sentíase triste á su lado, pues el mocetón nunca le hablaba sino de la siembra, del ganado y de la cosecha. En cambio, era muy distinto aquel muchacho de San Gregorio, que solía visitarla y bailaba tan bien.

Mas, la familia obligóla á aceptar por novio al otro y la boda se convino.



Junto al tamajar, cerca de Espíndola, se congregaron las familias invitadas. Carros atestados de mujeres y hombres, formaban hilera á lo largo del camino. Era de tarde, en primavera, y la campiña florecía, jubilosa de sol. Mozos jineteaban en torno de los carros, requebrando á las muchachas en el descuido de las madres y trataban de llamar la atención haciendo corcovear audazmente á sus caballos, ó bien proponiendo á gritos breves carreras.

En tal cual parte, voces frescas coreaban canciones judías y rusas, y en medio del tumulto de la caravana, oíase mezclado á los idiomas de países lejanos, cantos de la tierra, melodías gauchas, llenas de quejumbres dulzonas como el gemir mismo de la

guitarra. Así mientras de un carro se elevaban coplas chirriando en jerga la historia de una matanza de judíos, de otro, la música uniforme de un «triste» narraba al viento, en palabras rústicas, cuitas de amor...

Entraron á la colonia. Aquellas casitas con techos de paja, y el desfile de carros cargados de gentío, arrastrados por pesadas yuntas de bueyes, tenía un aspecto bíblico y evocaba en su belleza de cuadro primitivo, las visitas de Sichem á Jerusalém, esas visitas de los viejos hebreos, cuya servidumbre les seguía con el ganado, entonando en las cítaras alabanzas á Jehová.

En casas diversas se detuvieron los carros y poco después, vestidos ya los invitados, se dirigieron á presenciar la ceremonia. Desde luego, las noticias sobre el lujo inusitado del casamiento no resultaron exageradas. Frente á la casa de Liske habíase levantado, sobre erguidos palos un techo de lona, ancho y largo. Faroles de papel adornábanlo en combinación con ramas verdes y flores. Extensas mesas se veían en todas partes, sobre cuyos blancos manteles las moscas zumbaban en torno de las fuentes cubiertas. La gente hormigueaba. El viejo Liske, con su levita de lustrina, recuerdo de

sus buenos años de Besarabia, ostentaba en el cuello un pañuelo de seda amarillo con rayas azules. Con las manos en los bolsillos, andaba de un punto para otro, esforzándose en ser amable con todo el mundo, mientras describía el boato de la fiesta, y en voz baja, como para quitar importancia al hecho, detallaba la suma invertida, añadiendo para justificar tamaños excesos:

—Al fin y al cabo, es mi único hijo...

Bien lo expresa la palabra hebráica (1) «bén-iujid», y por esto, el gordo Pascual se veía objeto de mimos y consentimientos. Por tal era conocido en toda la colonia, donde su extrema rusticidad se citaba como ejemplo en refranes.

La madre vestía una cofia enorme y aluda y un pañuelo verde cuya punta caía sobre la espalda. Movediza en su redondez de tonel, iba y venía, atendiendo la concurrencia y la cocina que constituía el verdadero espectáculo de la fiesta. Instalada cerca del alero, hervía sobre un fuego vivaz un cubo repleto de gallinas y gansos asados colgaban en la sombra chorreando grasa.

(1) «Bén-iujid», hijo único.

Más allá, enfriábase en bandejas el clásico pescado relleno. Pero lo que admiraba el público, no eran ni el cubo de gallinas, ni los gansos asados, ni el pescado, ni los costillares de ternera que el peón preparaba. Eran las damajuanas de vino, el obeso barril de cerveza y sobre todo, los refrescos en cuyo color rosado jugueteaban los rayos del sol. Sí, eran efectivamente, como se anunciara en Rajil, botellas de refrescos, color rosa, con lacre en el corcho...

Los músicos, acordeón y guitarra, afinaban trozos populares del repertorio judío, coreándolos un murmullo de voces.

En la casa vecina la novia esperaba la ceremonia, vistiéndola las amigas, ennegrecida la corona de azahar á fuerza de arreglos contínuos. Estaba triste Raquel. En vano hablábanle las muchachas de su suerte incomparable, pues casarse con un hombre como Pascual no es cosa de todos los días. Muda como una piedra, contestaba con entrecortados suspiros. Su hurañía habitual habíase tornado en honda preocupación, nublada la frente, nublados los ojos, aquellos ojos suyos, tan dilatados, tan claros.

Alguien le dijo, al enumerar los invitados, que vino Gabriel, junto con otras familias

de San Gregorio. Más entristecióse la novia al oir ese nombre y al ponérse el velo nupcial, dos gruesas lágrimas cayeron, extendiéndose sobre la albura del corpiño de raso.

Nadie ignoraba el motivo de tal preocupación y de tales lágrimas. Sabíase que Raquel y Gabriel se entendían desde meses atrás y Jacobo, conocedor de toda novedad, aseguraba haberles sorprendido besándose en vísperas del día del Gran Perdón, á la sombra de un paraíso...

Llegó la madre de Pascual y como es de costumbre felicitó con besos ruidosos á la novia. Con vocecilla chillona anunció el momento llegado de la ceremonia.

Nada contestó Raquel. Incorporóse con lentitud de enferma y el cortejo de amigas se formó sosteniendo con pompa cómica la cola del vestido, fruncida de blondas. Llegó el futuro suegro y el que debía oficiar en las bendiciones y la comitiva partió.

En la casa de Liske, la concurrencia hervía alrededor de las mesas. Adentro, Pascual, rodeado de sus camaradas y del padre de la novia, esperaba, vestido de negro. Sonaron palmadas afuera y la ceremonia empezó. Parejas de mozos y muchachas sos-

tenían los palos del bordado dosel, bajo el cual, el novio se paró y en seguida los padrinos vinieron con la prometida. Comenzó Rabí Nisen las bendiciones, dió vino á los novios y las siete vueltas de la nueva esposa en torno del novio, acompañada por los padrinos, dieron principio. Al terminar aquellas, una vieja advirtió que no eran más que seis vueltas y, hubo que completarlas. El sacerdote leyó el contrato conyugal, que imponía conforme las leyes sagradas de Israel y luego cantó nuevamente las bendiciones. Finalizó la ceremonia con la simbólica rotura del vaso. Un anciano colocólo en el suelo y Pascual lo pisó con una fuerza suficiente para triturar una roca.

La gente estalló en felicitaciones. Las amigas se precipitaron sobre la novia ahogándola en abrazos y Raquel, siempre silenciosa, los retribuía con desgano. Terminada la ceremonia, los invitados rodearon la mesa más larga y brindaron con cerveza y exclamaciones.

Momentos después, el viejo Liske propuso un poco de baile antes de la cena, iniciándolo él mismo con la característica danza judía—el «alegre»—que acompasaron acordeón y guitarra. Allá, en la cabecera

de la mesa, los recién casados presenciaban el baile sin cambiar palabra y frente á ellos, erguíase la figura enhiesta de Gabriel, pálido y triste.

Terminado el «alegre», el público pidió á gritos que bailen los novios. Pascual hizo una mueca angustiosa. No sabía bailar.

Todos esperaba. De pronto Gabriel se adelantó ofreciendo el brazo á la novia. Comenzó la música la polca inevitable de las fiestas rurales. Gabriel trató de esmerarse demostrando su habilidad y dijo algo á Raquel, que lo miró con asombro, palideciendo aún más. Algunos se alejaron para hacer comentarios. Rabí Israel Kelner, afirmó, dirigiéndose al matarife de Rosch Pina:

—Gabriel no debe hacer esto; se sabe que está enamorado de Raquel y se sabe también que ella no puede ver al novio.

El matarife, mesándose la barba y sonriendo, repuso:

—No quiero ofender á nadie; soy amigo de Liske, que es hombre de religión, pero, Pascual es un bestia. ¿Ha visto usted cómo se enredó al repetir el «Hare-iad», durante la ceremonia? Créame, Rabí Israel: compadezco á la muchacha, que es linda y honesta...

Jacobo, el peoncito del matarife de Rajil, apartó á Rebeca para decirle en criollo—pues era el más criollo de la colonia, como lo denunciaban sus bombachas de brin y sus boleadoras:

—Mirá negrita, aquí va á suceder algo...

Rebeca indagó.

—Como te digo. Al dir yo esta mañana á San Gregorio, Gabriel me preguntó s'iva á dir al casamiento en el bayo, le dije que sí y me lo pidió pá después...

Rebeca opinó que debía tratarse de una carrera, una apuesta sin duda.

—Como pá carreras anda el hombre.

La noche cerró. Encendieron los farolitos y muchos se retiraron para ver el efecto de iluminación—capricho de rico—visto sólo cuando vino á la colonia el coronel Goldchmith, enviado por la Jewish...

Dispúsose el indescriptible banquete. Tomó asiento la concurrencia y se sirvió á los novios la «sopa dorada», el plato ritual de los esponsales. Las fuentes de ave, y pescado circulaban, corría el vino y las alabanzas á la dueña de casa se elevaban en unánime coro.

—En mi vida he comido pescado relleno más sabroso...

—¿Dónde se ha visto ganso tan bien asado? —preguntó el matarife...

Rabí Moisés Ornstein, hizo su elogio, agregando:

—Es que nadie sabe cocinar como la mujer de Liske. Quien prueba su comida comprende que se trata de una persona de bien...

Vinieron después las croquetas de carne y arroz, envueltas en hojas de viña y la cerveza, y el vino pronto regocijó los espíritus.

La novia se levantó «para ir á cambiar el vestido» y acompañada de sus amigas y de la suegra, desapareció.

Jacobo, al pasar la madre de Pascual á su lado, la detuvo diciendo:

—Señora, siéntese y oiga las alabanzas que hacemos de su comida. Nos enojamos si se va, pues queremos estar alegres, en compañía suya.

—Hijo mío, déjame ir; necesito ayudar á la novia.

—Le ayudará Rebeca; usted se sienta. Y gritó: ¡Rebeca! andá ayudar á la novia!

La vieja se sentó, obligada por todos y Jacobo le ofreció vino deseando brindar con ella.

Afirmó lo mismo el matarife:

—Cuando se tiene un hijo como el suyo, hay que alegrarse, señora.

El chocar de las copas, la música y los cantos resonaron tumultuosamente en la noche diáfana, llena de estrellas el cielo y de aroma la atmósfera, saturada por el perfume de margaritas y el olor de las haldadas de heno. Mugía el ganado en el potrero y el viento suave ondulaba los farolitos...

Jacobo se levantó, excusándose:

—Voy á ver á mi bayo, me parece que me olvidé desensillarlo.

—Yo voy á dar agua al tordillo—dijo Gabriel levantándose también.

Algo alejados del festín, Jacobo tomó del brazo á Gabriel, diciéndole:

—Mirá; el bayo está ensillao, junto á la tranquera que está abierta y la cuida el hijo del boyero. Cerca de la salida hay un sulky enganchado que cuida el rengo... Decíme ¿tenés revólver?

—Tengo...

Se separaron; volviéndose Gabriel hacia Jacobo:

—¿Y qué vá á hacer Raquel con las muchachas que están adentro.

—No importa, fué Rebeca allá...

Regresaron las muchachas. La mujer de Liske preguntó por la novia.

—Ahora vuelve con Rebeca,—contestaron —y regresó Rebeca diciendo otro pretexto. Jacobo se empeñó otra vez en brindar con la vieja. Querían hacerlo todos y de nuevo las copas y las felicitaciones se levantaron. Continuaron tocando los músicos y comiendo el público. A cada instante se traían más fuentes y se repartía vino. Pascual, redondo y solemne, no abría la boca mirando la silla desocupada de la novia. Se oyó el galope de un caballo primero y el ruído de un sulky que partía, un poco después...

Jacobo preguntó á Rebeca, hablándola al oído:

—¿Hace ya mucho?

—Cuando yo volví—repuso la muchacha.

La ausencia de la novia preocupó á la suegra y sin decir nada entró á la casa saliendo inmediatamente.

—Rebeca ¿no has visto á Raquel?

—Allí la dejé, señora. ¿No está?

—No está.

—Es raro...

Habló al viejo Liske y habló á Pascual. El hecho alarmó á la concurrencia que

no sospechaba lo ocurrido. Cesó la música y la gente se levantó caminando alrededor de la casa.

—¿Dónde podrá estar la novia?—se preguntaba cada uno.

Comentarios de toda índole circulaban de boca en boca y el matarife de Rajil, interrogó al de Karmel sobre el fallo ritual en caso de fuga...

—¿Usted cree?

—Todo es posible.

—Opino—respondió—que procede el divorcio y la muchacha y el novio quedan libres. Es lo común.

La inquietud crecía y al pasar el hijo del boyero, lo detuvo Liske para preguntarle si no había visto á «alguien» por el camino.

—Payá, camino de San Gregorio, vide un sulky que manejaba Gabriel y una muchacha á su lao.

—¡La robó! gritó con voz desesperada la vieja Liske.

. Una exclamación de sorpresa se dejó oir por todas partes y Liske se encaró con el padre de Raquel insultándolo. No tardaron en agredirse en medio del desorden de la concurrencia. Volcaron la mesa y el escándalo más enorme se produjo. Entonces, el

matarife de Rajil, subido en una silla, arengó á la multitud agitada. Era una desgracia, un castigo de Dios, pero nada ayudarían peleas y gritos.

—¡Es una adúltera infame! rugió Liske.

—No es adúltera, proclamó el matarife. Lo sería, añadió, fugándose «por lo menos un día después del casamiento», como lo dice muy bien la ley. Está de Dios, repito, y hay que divorciarlos. Pascual es un mozo serio y honrado, pero si ella no lo quiere no se puede obligarla.

El matarife lució su elocuencia y su sabiduría citando casos análogos, previstos por los rabinos más ilustres. En Jerusalén, sagrada capital, ocurrió semejante suceso y Rabí Hilel sentenció en favor de la muchacha.

—Lo recuerdan y alaban los capítulos de «Mischna», añadió, concluyendo con estas palabras:

—Pascual, en nombre de nuestras leyes, te invito otorgar el divorcio á Raquel y declarar aquí mismo que lo aceptas.

Pascual se rascó la cabeza y con voz quebrantada aceptó la proposición del matarife.

Disminuyó el tumulto y los invitados, uno á uno, se retiraron á su hospedaje entre murmullos y risas contenidas.



Como ves, «desocupado lector», en la colonia judía, donde aprendí á amar el cielo argentino y mi alma se meció en músicas de la tierra, hay, junto al rabino de arcáica silueta, y el gaucho arrogante y fiero, Camachos, Quiterias y Basilios. Esto prueba que la historia referida con más puntualidad que arte, es verídica, como lo es la de las bodas de Camacho el rico. Cáigame yo muerto aquí mismo si inventé un ápice en tan maravillosa relación. Bien me gustaría adornarla con coplas parecidas á las del libro divino, pero Dios negóme ingenio. Doite yo la verdad escueta de lo contado y si quieres coplas, ponlas tú en modo gracioso, más no olvides mi nombre, como no olvidó Nuestro Señor don Miguel de Cervantes Saavedra, el de Cide Hamete Benengeli. Si tan exacta narración te place, no me mandes maravidíes, pues no alcanzan para pan y agua. Envíame dracmas de oro, ó si no, agradecerete una calabaza de vino de Jerusalém, vino de aquellas viñas que plantaran mis antepasados cantando loanzas en gloria de Jehová. El te dé fortuna y salud, dones que también le pido...

LA VISITA

La estancia de don Estanislao Benitez quedaba cerca de Rajil. Más allá del potrero, hacia la estación Las Moscas, su campo se extendía surcado de arroyos y manchado de cardales. En el punto más alto, la rala arboleda sombreaba un espacio en cuyo centro elevábase el caserón solariego del viejo criollo, de los más viejos del pago, amigo de Urquiza y compadre de ño Crispín (1).

Era don Estanislao una de las figuras más típicas de la colonia. Leyendas heróicas celebraban su arrojo, y si su lanza fué

(1) El célebre caudillo de Villaguay, don Crispín Velázquez.

de las más bravas en los entreveros sangrientos de antaño, en su ancianidad gloriosa continuaba siendo el más temerario en los rodeos y en las domas. Como don Remigio Calamaco, el boyero ilustre de Rajil, don Estanislao era noble, valiente y analfabeto. Dos grandes recuerdos enorgullecian su fuerte vejez de encina. En las tertulias de fogón, bajo el alero donde departía en familia con los hijos, refería siempre su vida de soldado de Urquiza, diciendo inevitablemente:

—Cuando don Bartolo jué á verlo á Urquiza y nos riunimos en la cuchilla grande, le dijo D. Justo: «este es de los que le habló el *brigadé*» y don Bartolo me dió la mano.

Lentamente erguía la mano como para mostrar en su rugosidad la huella todavía caliente de aquel apretón y sus ojos se nublaban bajo las cejas revueltas y largas. En seguida comenzaba á conversar de Juan Moreira, cuyas aventuras solía leerle la hija, educada en un colegio de Villaguay, para añadir:

—Mi compadre el doctor Miguez,— que en paz descanse — abogao en el Uruguay ¿sabe? me leyó un día en un diario de Buenos Aires, cómo murió Juan Moreira...

Estos dos hechos le daban una superioridad increíble ante los demás gauchos. Bueno como el pan, se le respetaba y quería. Don Estanislao, amigo de los colonos judíos, iba casi diariamente á Rajil donde presenciaba la matanza de reses. Echábase junto al corral sobre el poncho, fumando su negro habitual y conversaba. Si resultaba difícil apartar ó enlazar el novillo, el viejo montaba su zaino, desprendía el lazo y al minuto el animal estaba extendido en el suelo, dispuesto para la faena.

Un día, invitó al matarife á su casa y Rabí Abraham prometió visitarlo con la familia. Enganchó una yunta de bueyes mansos en el carro y con la mujer y las hijas partieron á la estancia de La Lomada, siguiéndole Jacobo en su petizo.

La noche había caído serena y tibia. La campiña parecía respirar bajo el firmamento claro, suntuosamente estrellado. Quejabase en notas diáfanas el arroyo del potrero; balidos lentos y graves repercutían en el augusto silencio y los perros decían sus lamentos á la luna enorme y blanca cuya luz espejábase en el cristal lechoso de las aguas.

En el camino, el carro del matarife avan-

zaba pausadamente. Los bueyes negros estiraban el testuz andando con ritmo tranquilo sobre la huella, sombreada por la silueta prolongada de Jacobo. A un lado corría el flaco *Dum* moviendo regocijadamente la cola y á veces partía como un chasquido en persecución de la perdiz espantada por el trote del muchacho ó el sonoro latigazo del guiador. Atrás, el tajamar proyectaba su sombra colosal pareciendo en la noche un camello gigantesco cuyas gibas simulaba una hondanada.

No se cambiaban palabra los viajeros. Una emoción secreta dominaba sus espíritus. ¿Era la noche suave, el cielo azul, la alegría de vivir en plena naturaleza, abierto el corazón, como una puerta, á la sencillez? De lejos vino el eco de la campana, la campana diminuta y humilde de la capilla. Entonces, el matarife recordó que era dia de fiesta cristiana. Otra vez resonó en la vaguedad de la distancia el son apenas perceptible y el alma del teólego hebreo, llena de Talmud y de Jerusalém, se conmovió al sentir aquella música indefinida. Inundóle honda beatitud y sus nervios se aflojaron, su cuerpo todo desfalleció en una sensación de infinito bienestar. Apretó contra su

pecho á la mujer, rejuvenecida en la existencia sagrada del campo, y puso sobre sus mejillas un beso largo y trémulo murmurando con voz quebrantada de sentimiento:

—Loado sea Dios.

Y no pudo completar la idea que golpeaba en su cabeza.



Pararon ante el portón, recibidos por una tropa de perros. Jacobo gritó al estilo comarcano, sin atribuír importancia á tales palabras en boca de judío:

—¡Ave María!

El gurí de la estancia se aproximó disolviendo los perros á cascotazos y á puntapiés.

Reconoció á su amigo Jacobo y exclamó dirigiéndose al viejo:

—Patrón, tiene visitas: ¡es don Abraham con su gente!

Apeáronse los viajeros. Don Estanislao le saludó con exclamaciones, y las criollas rodearon en tono jubiloso á la familia del matarife. En seguida se ordenó á la china la preparación del mate y bajo el alero,

donde descansaba todo el que se sintiera fatigado por el camino sin preguntársele quien era ni de donde venía, hombres y mujeres se instalaron entre charlas y risas. Rabi Abraham, mesurado y solemne, se inclinaba á cada rato asintiendo sin comprender en su mayoría las frases de amistad y de agasajo. Quien hablaba era Jacobo. Contó, jugueteando con el pesado rebenque, una peripecia del viaje—la rotura de una rienda —y alabó el sabor del mate que sirviera Deolinda, la hija mayor de Benitez.

—Ni en el cielo se chupa uno ansí...

La señora de Benitez, con acento estirado y coqueto, repuso:

—Es favor, muchacho, es favor.

Don Estanislao hablaba con la abundancia de costumbre, gesticulando y atropellando las palabras. La luna bañaba en su luz dulce aquella huesosa figura, cuya pera de plata y rudo perfil aparecía venarable en la tranquilidad de la noche. Gaucha parecía también la silueta del judío de grandes barbas, extensa melena, nariz gibosa y alta frente, vestido de bombachas como los nativos del suelo y como ellos, con ancho tirador en la cintura. Iba y venía Deolinda con el mate. Sobre la espalda descendían,

gruesas y magníficas, las trenzas obscuras, y al andar, la zaraza crujía. Sus grandes ojos, cuyo fulgor alababan los cantores del pago en coplas gemebundas como ayes, adormecían en éxtasis. El timbre nítido de su voz, diríase, cortaba el aire al hablar....

Rabí Abraham pensó un elogio de elegancia arcáica y erudita para la hija de su amigo; con esfuerzo visible pudo construir la frase:

—Don Estanislao, su nobleza se refleja en la hermosura de sus hijas, porque, los espíritus dignos dice un maestro (de venerada memoria) engendran belleza.

Don Estanislao, contestó sin penetrar muy bien el concepto:

—Ansina es no más.

Las mujeres anudaron una conversación sobre cosas domésticas. Doña Gertrudis enumeró las cualidades de su vaca—la *Gordinflona*—diciendo:

—Es mansita como una criatura, la ordeño dos veces al día; á la mañanita y á la tardecita da un balde de leche; no esconde nunca...

La esposa del matarife se asombró lamentándose no poder expresarse en términos iguales de la suya, que era escondona y mañera.

Jacobo, comprendiendo las angustias de su ama para explicarse, intervino á tiempo:

—Si no la maneamos y la atamos la cabeza al poste, no se le saca una gota y patea el tarro.

Comentóse la fecundidad de las gallinas y misia Gertrudis se quejó del gato que tiene la costumbre de perseguir los pollitos.

—¡El gato!—exclamó Deolinda.—Ayer no más me mató un cardenal.

Poco á poco la conversación iba languideciendo, enervada por la dulzura de la noche. Los árboles, cubiertos de flores, saturaban de aroma el ambiente, las margaritas en denso plantío, blanqueban los huecos de la arboleda, llena de luna.

Rabí Abraham, dijo:

—En toda la tierra no he visto cielo como aquí.

Y explicó que había estado en Palestina, en Egipto y en Rusia pero en región alguna es de un azul tan intenso como en Entre Ríos. Completando su pensamiento, añadió:

—El cielo entrerríano es protector y suave. Hallándose solo por ejemplo, en medio del campo, el espíritu no sufre sugestiones de miedo debido á la claridad de su luz benigna.

El viejo gaucho comprendió la idea de Rabí Abraham. Su alma trovadoresca vibró como un cántico en la noche gloriosa, bajo el cielo incomparable, cuya bóveda sublime les envolvía en blanduras de ensueño. Los rosales pálidos se desleían en aroma, las almas se extenuaban en el goce rústico de la naturaleza. El boyero trinó en la jaula herrumbrada y del corazón del anciano legendario salió un profundo suspiro, un suspiro que expresaba su amor al terruño por el cual arriesgara tantas veces la vida en lides heróicas, paladín de lanza y trabuco, temido en selva y ciudad.

Descolgó la guitarra y sus flacas manos rasguearon las cuerdas y con voz trémula, voz que sonó en combates homéricos y en preludios galantes, moduló la vieja copla del pago:

Entre Ríos, tierra mía
¿Dónde hay cielo como el tuyo?
Tus lomadas y tus ríos. . .

En la quietud balsámica, un gallo agitó ruidosamente las alas y cantó.

LAS BRUJAS

—¿Si creo en las brujas? preguntó rabí Abraham.—Hombre, es un asunto serio.—Y el matarife desarrolló un largo razonamiento para fijar sus opiniones sobre el particular.—Dice el Talmud—añadió en tono doctoral, que dos fuerzas guían el alma de cada persona, el angel bueno y la mala sombra, que en viejo hebreo se designa con el nombre de Satán. Ahora bien, no es posible negarlo. El Talmud lo dice con claridad. Si existen los ángeles, deben existir también demonios, y en tal caso, éstos se valen de seres impuros para ejercer su comercio...

El tema se suscitó á causa de una noticia que dejara pensativo al grupo reunido

aquel sábado en la sinagoga. Parece que rabí Ismael Rudman oyó á media noche ruídos extraños en el techo. Al principio no atribuyó importancia á la cosa.

—Es el viento, pensó.

Pero momentos más tarde, el ruído se dejó oir de nuevo. Entreabrió la ventanita que daba á la quinta y pudo ver que no era el viento, pues la cortinilla de punteado percal no se movía. En tanto, sobre el techo de paja ocurría algo raro. Entonces rabí Ismael resolvió averiguarlo detenidamente. Encima del alero le fué fácil dominar el techo. Desde alli se veía toda la colonia en la noche tranquila, bajo el cielo límpido, iluminado por la luna llena. El ganado en el potrero descansaba disperso y el arroyo dejábase oir con murmullo sin variables. El tajamar elevaba su masa compacta y negra. Nada había sobre el techo, pero el ruído se repitió algunas veces.

Gritó á su mujer:

—En el techo no hay nada...

Brane, muy alarmada, aconsejó al marido que descendiera en el acto.

—¡Quién sabe! dijo. Puede ser que se trate de algo Impuro...

Y en voz baja masculló la oración que

ahuyenta los fantasmas. Estaba en camisa. Deshecho el pelo lascio, de un rubio como desteñido, caíale por la espalda y varios mechones sombreaban la frente desproporcionada y arrugada. Un viento debil entreabrió la camisa y sus senos exhaustos cobraron tonos azulados á la luz de la luna. Un terror vago inundó su espíritu y sintió que un frío agudo extremecía su cuerpo.

—¡Ismael, bájate! exclamó con acento que no parecía el suyo.

Ismael, hombre poco dado á los miedos nocturnos, algo descreído, experimentó al oir la súplica de Brane un sentimiento de súbito temor y sin contestar, saltó del alero al suelo.

Ya no durmieron en toda la noche. Cerrada la ventanilla y atrancada la puerta, pasaron las horas restantes meditando en el incomprensible suceso. Continuaron los ruídos. Rabí Ismael, á instancias de Brane, buscó el misal y leyó rezos distintos para alejar con la invocación del nombre sagrado, las influencias malignas. ¡Mas, la palabra divina no logró apartarlas! El ruído siguió y sintieron que un vuelo oscuro rozó por fuera la pared izquierda y el techo se onduló...

En esto, en el cortijo cantó un gallo. La luna palideció y sobrevino la quietud más profunda. Se durmieron con la aurora y se despertaron muy tarde, de mañana ya.

—Vete á la sinagoga, le dijo la mujer.

—Iré.

Al vestirse, abrió la ventana. La claridad de un día magnífico llenó la habitación. Ismael al mirar á Brane, vió algo que lo inmovilizó, sus pies vacilaron y apenas pudo llegar hasta la silla, reponiéndose con el aire fresco que entraba. La mitad de la cabeza de su mujer había encanecido...

—¡Es extraordinario! dijo el matarife.

—¡Es extraordinario! replicó Kelner.

—Son brujas... insinuó otro.

—Brujas han de ser nomás, asintió un tercero.

Y con este motivo se inició una discusión al respecto.

Moisés Hintler consideró que eran cuentos de vieja. El había vivido siempre en los suburbios, en su ciudad natal, en Rusia y nunca había oído siquiera referir una cosa semejante.

—Dormí una noche entera en medio de un bosque y nada ví,—aseguró—pero nada, dormí lo más bien...

—No es una demostración, repuso Kelner; yo no soy supersticioso, pero...

Y refirió un acontecimiento curioso. Por cierto no lo presenció. Sin embargo, lo había oído de boca del rabino de Tulchin, y le merecía la mayor fe, pues un hombre tan ilustre, no se entretendría en engañar al prójimo. ¡Por Dios, todo un rabino!...

—Un día, comenzó, cierta familia de Haisin emprendió viaje á un punto lejano. Hacíase en aquél tiempo el viaje en diligencia y no había seguridades en el camino. Iban temerosos los viajeros, con el puño sobre la espada y el alma puesta en Dios. En aquellos años los bandidos asaltaban las granjas y á menudo invadían los pueblos llevándose bienes y doncellas.

De modo que la familia, cuando á escaso trayecto, vió nublarse el cielo y en el fondo extenderse como una larga mancha, la selva, sintió miedo y preguntó al auriga si amenazaba peligro.

El moscovita contestóle:

—Lo hay por todas partes aquí.

Los mozos, que eran tres, aprontaron los corvos sables, el viejo cargó las pistolas y las mujeres plañieron oraciones. Las nubes no tardaron en tornarse diluvio y la noche

cerró densa y triste. A lo lejos brilló una luz; los viajeros avisaron al moscovita y éste enderezó hacia el sitio.

—Debe ser una taberna, dijo.

—Taberna parece, repuso el anciano tratando de dar á su voz entonación firme y tranquila.

Llegaron pronto, mas los taberneros no respondieron.

—Hay luz y no responden, opinó el auriga. Yo no entro...

—Es que llueve y no oyen, contestó uno de los mozos.

Al fin de tantos golpes, alguien asomó por la ventana, preguntando cuántos eran.

—Ocho somos, dijo uno de ellos.

—Siete, porque yo no entro, gritó el auriga.

Y entraron. Casa sórdida era là tal taberna. Velones de sebo alumbraban las rajadas paredes, sucias de hollín, que terminaban bajo travesaños de vigas de las cuales colgaban gruesas cuerdas.

Al disminuir el estrépito de la lluvia, almas y cuerpos se helaron de miedo, pues pareció á los hospedados oir lloros en el sótano. Los hombres se miraron, requiriendo las armas.

El menor de los muchachos interrogó al padre:

—¿Será tal vez la hostería de los Tártaros?

—Tal vez...

Siguió un gran silencio. Era aquella una cueva famosa donde secuestraban viajeros y pedían después su rescate en la ciudad. Así lo supieron al darse cuenta de que del otro lado de las puertas y ventanas pendían anchas barras de hierro.

El anciano era prudente. Vió cerca la muerte y pensó que nada ayudaría pelear y gemir.

—Recemos, dijo, las oraciones necesarias é invoquemos á nuestros antepasados. Arreciaba la lluvia en tanto. El huracán hacía crujir las pesadas vigas del techo y el trueno parecía meterse dentro de la misma casa. Pasaron horas.

Una vez, al mirar una ventana redonda, vieron en ella la cara terrible del que les abriera la puerta y luego oyeron el ruído de cuchillos en afilar...

Todos rezaban en voz baja, golpeándose los pechos.

—Dios nos dará su ayuda, afirmó el viejo.

—El te oiga, contestó la mujer. Pondré

en gracias, velas finas por todo el año ante el santuario de la sinagoga.

Estando ellos en esto, resonó la aldaba del portón.

—Viene gente.

—Serán los bandidos...

—No digas agorerías, mujer, que son nuestros salvadores.

Los tártaros no quisieron abrir. Nuevos golpes de aldaba sonaron y nuevos truenos llenaron de terror la taberna.

Por último, cedió el portón y entraron muchas personas.

—Por aquí, indicó con tono rudo el tabernero, por aquí, que esta habitación está cerrada.

Los recién llegados sacaron la cadena de la puerta y sin oir al guía penetraron. Eran muchos, hombres y mujeres que vestían trajes de fiesta, como señores.

El viejo se dirigió á ellos:

—Doy gracias á Dios que escuchó nuestros rezos.

—No venís mojados y con esta lluvia, observó una hija suya.

—No lo extrañes, hija mía, contestó aquél.

Uno de los llegados era manco. Acercóse

á la puerta y golpeó, llamando al dueño, que vino en seguida.

—Traenos de beber y comer; buena carne y buen vino que sea.

—Están vacíos los sótanos, repuso el otro.

—Yo iré contigo.

Y se fué tras él. Pocos minutos después vino el manco trayendo los cautivos. Todos se pusieron alegres y todos rieron y cantaron. Afuera amainó el huracán y apareció la luna.

Entonces salieron en el carro, partiendo rumbo á la ciudad de Haisin; en luciente cortejo seguían los salvadores y cuando el alba iluminó el camino, los misteriosos viajeros habíanse desvanecido en niebla y la taberna de los Tártaros ardía en altas llamas...

Y Kelner terminó:

—El rabino de Tulchin, hombre docto y verídico, me dijo una vez, refiriéndose al suceso:

—Eran los antepasados de aquella familia, invocados por las oraciones del viejo, quien vino después á preguntarme sobre la forma en que debía agradecer la salvación.



—¿Y la historia de la Cruz de las Moscas? interrogó Jacobo.

Era ésta una antigua historia. Un día, cierto vecino de Karmel necesitó ver á don Estanislao Benitez. Al pasar por Rajil, preguntó al peón del alcalde las señas para llegar á casa del viejo estanciero.

—Mire, don, le dijo el paisano; usted va derechito y luego toma por la izquierda al doblar el tajamar; después sigue no más y verá una cruz; toma por la derecha y media legua adelante vive don Estanislao.

El colono hizo el viaje según las señas del peón; vió la cruz y llegó.

Otro, en cambio, á quien éste le repitiera las indicaciones, se extravió. Volviendo, de noche ya, le dijo que no encontró cruz alguna.

Al día siguiente fueron los dos. Al llegar al punto, le mostró señalando á medio kilómetro.

—¿No ve allí la cruz?

—No veo...

—Pero allí hombre, entre los cardales...

Miró tanto hasta que por fin pudo decir:

—Sí, allí está.

El hecho se repitió con muchos colonos.

Cuando lo supo don Estanislao, fué á dicho sitio—era el más antiguo del pago—y comprobó que la cruz nunca había estado allí.

—No puede ser—afirmó el peón. Hace diez años, agregó que paso por allí.

Fué una vez más y regresó declarando que «alguien la había sacado».

La mujer del boyero, informada del extraño suceso, lo comentó de este modo:

—¿La cruz del camino de las Moscas? La ponen y la quitan las brujas. Yo misma lo he visto...

Desde aquel día muchos temían pasar por aquellas cercanías y otros vieron también las brujas.

Ellas sustrajeron—claro está—la coyunda en casa del alcalde y unas ropas en casa de Hintler. La huella de las impuras se notaba en toda forma y lo ocurrido con los Rudman lo confirmaba.

Algunos se reían diciendo:

—Era lo único que nos falta para ser todo un pueblo. Hasta brujas tenemos, que roban coyundas y ropa...

Pero el caso de Rudman era grave. Terminadas las oraciones, los judíos se dirigieron

á su casa. Desde lejos examinaron el techo de la casuca mísera. Primero entró Rabí Ismael con el matarife y al acercarse al rincón en que estaba la cama, lanzaron un grito. Brane yacía muerta en el suelo, retorcida la boca en una mueca espantosa...

DIVORCIO

—Hable sobre el caso rabí Jonás...

—Mejor rabí Abraham, que como matarife, entiende de leyes y de justicia.

El matarife aconsejó:

—Bueno sería digan antes su palabra los ancianos.

La escena ocurría en casa de Israel Kelner. Allí reuniéronse los vecinos más viejos para intervenir como jueces en un asunto de divorcio, que, por ser sin duda el primero, suscitaba la más viva curiosidad en la colonia. Ninguna de la barbas venerables faltaba y junto á la ventana, la figura angulosa del judío marroquí don Moisés Urquijo de Abinoim, se imponía en medio de

todos. Hallábase en el lugar visitando á su hijo, maestro en la escuela colonial y con tal motivo se le invitó á tomar parte en las deliberaciones, por ser varón docto en sagradas letras. Hablaba el hebreo clásico y una especie de aljamiado remoto en el cual se expresaba pausadamente.

Rabí Israel, haciéndole una reverencia, dijo:

—Nuestro huesped debe emitir su opinión.

Y don Moisés Urquijo de Abinoim, mesiendo sus espesas barbas, pidió que se le informara sobre el hecho. Entonces, sentaronse en torno de la mesa de tablas resquebrajadas, cubiertas con el mantel del sábado y la exposición comenzó, en tanto, el peoncito ofrecía el mate y la dueña de casa recibía los más ditirámbicos elogios por su té y sus masas.

—He ahí los representantes de los esposos, dijo Kelner. Son rabí Malaquías, en nombre del marido y rabí Joel, en nombre de la mujer. Los esposos, casados hace tres años, viven cerca de San Antonio y son gente honrada.

Rabí Malaquias afirmó:

—Rabí Simón no pide el divorcio.

Rabí Joel intervino:

—Apuntemos las declaraciones que el ma-

tarife establecerá después según la ley y nosotros y los testigos firmaremos y agregó: la mujer insiste en divorciarse.

Don Moisés Urquijo de Abenoim, hombre atenido á las minucias de los santos libros, pidió permiso para interrogar á los representantes y obtenido éste, después de una cortesía profunda preguntó:

—Direisnos, muy honesto rabí Malaquías si en nombre de rabí Simón acusais ante los jueces á su mujer.

—No la acuso, respondió.

—Y vos, rabí Joel, ¿acusais en nombre de ella al esposo?

—Tampoco.

Don Moisés se levantó pronunciando este discurso:

—Vemos, muy respetados señores (y por ello bien haríamos en dar gracias á Dios) que el pecado no es causa de este proceso. Alabemos al Altísimo por su gran bondad al no llevar á la perdición á sus buenos hijos, que somos los hebreos. Es, muy prudentes varones, un caso que pide meditación. Yo espero que rabí Abraham nos ilustre al respecto y relate lo que dice la ley. Los que se divorcian son honrados. Luego, no es por adulterio, que los textos conde-

nan. Es por lo que Hillel (venerada sea su memoria) llama en sus justas sentencias «pequeñeces de todos los días». Y yo digo que no debemos separarlos.

Rabí Israel Kelner afirmó:

—Yo no doy mi voto.

—No firmaré las declaraciones, añadió el matarife.

—No otorgaremos la separación, exclamaron algunos.

Entonces, don Moisés, asumiendo una actitud solemne, invitó á los representantes á manifestar su pensamiento. Rabí Joel, hombre versado en teología, se arrellanó en su silla y después del inevitable trago de agua, se expresó con lentitud:

—La mujer es virtuosa. Sabe respetar al marido y atender la casa y los quehaceres. Mas, no gusta del marido. Casóse, como se dice, por obligación de los padres y ya, la Iorudea (1), prevé el caso declarando que es grave y que hace difícil la vida en el matrimonio. No gustar del marido es vivir condenada á hondas penas sin disfrutar placer alguno. Recordad por lo tanto los preceptos del libro tercero del Talmud, el tra-

(1) *Iorudea*, en hebreo: *La jurisprudencia.*

trado del matrimonio, cuyos consejos admiran los más venerables rabinos. Dice el Talmud en el libro *Nuschim* (1): «Si la mujer, por causa alguna, dejara de amar á su esposo debe separarse de él y no recibir sus caricias, pues el hijo que de ellos naciese sufrirá las consecuencias de la unión sin amor». Yo, señores jueces que me oís, en nombre de la Santa Ley, pido que otorguéis el divorcio.

—Sabio rabí Joel, dijo don Moisés, hemosle oído con satisfacción. Sois elocuente más dejad que hable rabí Malaquias.

—Nada tengo que decir, dijo éste. Rabí Simón ama á su esposa y la tiene por modelo. Sin embargo, está dispuesto á consentir el divorcio pues el triste sabe que ella no lo soporta. No desea afligirla y además su vida es quebrantada por desazones sin fin. ¿Cómo vivir con una mujer bajo el mismo techo cuando esa mujer no le ama? Comprendiéndolo, pido con rabí Joel el divorcio. Haced justicia.

El matarife pidió que se delibere al respecto. Mientras los ancianos discutían cláusulas talmúdicas, gravemente, solemnemente,

(1) *Nuschim*, en hebreo: *mujeres*.

constituídos en Sanhedrin en la campiña entrerriana, el peoncito iba y venía con el mate, más preferido que el té. Ignorantes de la ley argentina, aplicaban las leyes del reino de Israel y de este modo, la sabiduría y la jurisprudencia de Hillel, de Gramaliel y de Ghedalia, revivía en las colonias patriarcales del barón de Hirsch. Tampoco faltaba en la reunión un descendiente de los talmudistas del siglo de oro español. Estaba allí, señorial y ceremonioso, don Moisés Urquijo de Abenoim, con su hablar levantado y sus reflexiones sesudas de cabeza madurada en largos estudios. Pomposo y sutil, renovaba, entre las paredes de la casucha de barro, las disquisiciones medievales de Toledo y de Córdoba, conduciendo al auditorio el pensamiento florido y profundo de los judíos que continuaron bajo los reyes de Castilla, la tradición de los doctores de Jerusalém.

Sobre el pergamino traído por el matarife, los caracteres hebráicos se alineaban relucientes y densos testimoniando las declaraciones. Kelner invitó á don Moisés á manifestar su juicio.

—La ley, dijo, obliga á los jueces á trabajar por la reconciliación de los esposos,

devolver la paz al hogar. Insisto, muy prudentes jueces y muy claros representantes, en esto.

Volvieron, rabí Joel y rabí Malaquias á exponer sus argumentos. El Talmud y la Iorudea, la Biblia y las sentencias más conocidas y los comentarios más autorizados fueron traídos en apoyo de su doctrina. Por fin, el matarife aconsejó otorgar el divorcio y se suscribió el acta.

—Tal es la voluntad de Dios, afirmó don Moisés. Nosotros por mandato de la ley, hemos negado el divorcio primero, mas viendo que los representantes, discuten con agudas razones en favor de la separación; viendo que los esposos no pueden vivir juntos por no haber amor entre ellos, declaramos que es por fuerza de la misma ley que damos el divorcio, á fin de que no haya un hogar hebreo donde reine la discordia y por devolver á cada uno la paz del espíritu. Así lo juramos y firmamos, concediendo derecho de nuevo matrimonio á los divorciados, que son honestos y dignos de nuestro respeto.

Y en el pergamino, cada uno de los jueces puso su firma en hebreo, usando, á la manera sinagogal, los nombres paternos sin

los apellidos profanos. Al poner su firma don Moisés Urquijo de Abenoim se felicitó de que los judíos puedan siempre hallar justicia en sus viejos códigos, en los cuales la dicha de los hombres está asegurada por la libertad. Y terminó conmovido por su importancia de alto juez, con la fórmula augural:

—Celebremos con vino la sentencia en la que brilla vuestra discreción y vuestra sabiduría y alabemos al Señor por hahernos inspirado en los deberes de su justicia.

—Alabemos al Señor, exclamaron los ancianos.

Se trajo vino y chocaron las copas. Afuera, el cielo palidecía y las estrellas se insinuaban en el firmamento todavía claro.

—Es hora de rezar y estamos en número de sinagoga, afirmó rabí Malaquias.

—Ocupe el *umed* (1) nuestro ilustre huesped, dijo el matarife.

—Es un honor muy grande y lo agradezco.

—Recemos entonces.

(1) *Umed*: estrado frente al santuario de la sinagoga y que cualquier mesa puede sustituir donde los judíos se encuentran en número para rezar, cuyo mínimum exige diez personas.

Y don Moisés Urquijo de Abenoim, extendió sus brazos hacia Oriente empezando con las palabras en alabanzas de Dios, pronunciadas á la usanza de España:

—*Barúj Athá Adonái...*

HISTORIA DE UN CABALLO ROBADO

«Hurtado me ha la espada D. Nuño de Guevara et decid que lo fizo D. Moisés de Sandobal, que judío es et contra servicio de Dios et derecho vive que non es pecado non decir verdad que el señor Confesor juzga en grande virtud et beneficio por culpar perros de judería et non fijodalgos cristianos.»

D. Guillermo Raimundo de Moncada, conde de Marmila, señor de Aitota; carta al caballero D. Felipe de Montreal.

Documentos antiguos de Castilla.

A varios kilómetros al norte de Karmel, habitaba su reducida estanzuela don Brígido Cruz. Escasamente su ganado cabía en el corral, poste con poste, unido á la antigua en círculo estrecho, en cuyo centro el torcido palenque ostentaba en los ásperos nu-

dos, mechones de pelo, dejado allí en el rascar furioso de los animales.

Y sucedió que á don Brígido Cruz le robaron un caballo, magro jamelgo de sucias crines y pesado andar. Jamás lo ensillaba el criollo—conocido á la redonda por «El ladeao»—y allá, después de la trilla, lo alquilaba á los troperos para el pisoteo en los ladrillales. Se lo robaron pues.

Un día, el «Ladeao» apareció en su busca por la colonia, camino de la carnicería. Tropezó con Jacobo y de este modo lo abordó:

—Decime, ché, gringuito. ¿No has visto mi troteador?

No lo había visto Jacobo, pero indagó las señas y prometió ayudarle en la pesquisa, afirmando:

—¡Por algo somos vecinos, compañero!

Preocupóse en efecto durante la misma tarde, al ir á Balvanera; más, ninguno supo darle informaciones.

A la semana siguiente, don Brígido apareció de nuevo. Constábale, aseguró, que el caballo había sido robado por judíos. Asi lo manifestó al matarife.

Rabí Abraham escuchó en silencio la queja del gaucho, cuya voz le venia en fuertes vahos de alcohol. El matarife meditó

mucho, como era su costumbre de viejo talmudista y luego contestó en tono ceremonioso y cortés supliendo con gestos tal cual rebelde vocablo:

—D. Brígido, Vd. debe buscar el caballo y el señor comisario castigará al ladrón. Pero, ¿está Vd. seguro que fué robado por vecinos de Rajil?

El «Ladeao» miró á Rabi Abraham, dejó las riendas sobre el borrén de la silla y lentamente lió un cigarro. Volvió á mirarlo con aquellos sus ojos pequeñitos é inquietos y por fin repuso:

—Vea, ché gringo, le digo que me lo han robao...

—Sin duda es asi, respondió el matarife; el caballo es viejo y no se ha de escapar de la querencia, y luego, si ha desaparecido, es porque alguien lo robó.

—¡Y es claro! exclamó Cruz.

La oportuna llegada de don Estanislao Benitez cortó el diálogo. Ante el prestigioso paisano, el «Ladeao» se contuvo y narróle brevemente el suceso. Benitez le tranquilizó, asegurándole que conocía á los colonos y á su juicio no eran personas capaces de tal acción. Debía haberlo arreado algún matrero y estaria cerca del pajonal de San

Gregorio, donde sorprendiera cierta vez dos matungos suyos, de pisoteo también, en poder de un bandido.

Don Brígido, convencído al parecer, se despidió.

Y mientras el criollo se alejaba tambaleándose, don Estanislao se dirigió á su amigo:

—Es testarudo ese bagual...

Una mañana, el matarife fué llamado á Villaguay, donde el jefe politico — «amigo del ministro»—le informó de una grave denuncia. Don Brigido le acusaba de haberle robado el famoso caballo.

Sin sorprenderse, Rabí Abraham reflexionó. De todas maneras, el caso le resultaba poco extraño. El gaucho—pensó—no es el «cristiano» de Rusia, pero él es en cambio el mismo judío y por lo tanto la situación no variaba. ¿Se pierde un caballo? el judío es el ladrón. Y en su excepticismo de israelita, acostumbrado á sufrir delitos no cometidos y pagar culpas agenas, reconoció en aquel principio de proceso el cumplimiento de la tradición secular. Sonrió ante el jefe, y después de aspirar el ápice de rapé, interrogó:

—¿Conoce usted, señor jefe, nuestro código?

El gefe repuso, con el aire de autoridad que le correspondía en su doble carácter de funcionario y amigo electoral del ministro, empleando voz recia y dura:

—¡No lo conozco!

—Bueno, señor jefe,— contestó el otro sin inmutarse.— Antes de ayer, el capataz del tajamar, vino á decirme que mi peón —Facundo—le había robado una pala. Facundo no necesita pala y además es mozo honesto. Entonces yo eché al italiano. Vd. debió hacer lo mismo con don Brígido.

En tanto el sargento, mutilada la cara por costurones insignes y la huella de la viruela, cebaba el mate inevitable, el empleado redactó el acta del interrogatorio. Al oír el acusado el precio en que Cruz avaluaba el caballo, se le ocurrió un recurso.

—Don Brígido pide quince pesos...

—Así es, don Abraham.

—Mire, señor jefe, continuó el matarife; yo soy hombre ocupado. Dice Vd. que debo volver el martes y estamos en cosecha. Yo le doy los quince pesos y Vd. se los manda á don Brígido, y asi se acaba el asunto...

Y así se acabó. Al saberlo don Estanislao, lo comentó jovialmente, calificando á Rabí

Abraham de «pícaro», pues le parecía la solución más rápida. Pero desde aquel día, el jefe político solía decir:

—Son ladrones esos judíos: Mas, al menos lo confiesan en seguida.

Rabí Abraham ha presentido, quizá sin prever las consecuencias lejanas, el comienzo de un período nuevo, que trasplanta al suelo argentino el juicio eterno sobre los hebreos. Su filosofía salomónica encerraba un sentido dolorosamente profético. Es el judío quien roba el objeto desaparecido en la vecindad y es el autor de todos los crímenes imaginables porque peina barba extensa, no tutea al peón, come con él en la mesa familiar y no lo manda á la cocina, con el perro y las gallinas...

Yo quiero creer, sin embargo, que no siempre ha de ser así y los hijos de mis hijos podrán oír en el segundo centenario de la república, el elogío de próceres hebreos, hecho después del católico Tedeum, bajo las bóvedas santas de la catedral....

Esperadlo, buenos judíos de la colonia, ya que la paciencia es como el sufrimiento sublime, don y tesoro de la raza lamentable de Job...

EL POETA

Favel Duglach era considerado como uno de los colonos menos laboriosos. En su predio el trigo crecía ralo y endeble y en la quinta, el precario maizal apenas se levantaba á un palmo del suelo. Muy pocas gallinas picoteaban en el patio, donde una rastra vieja y un yugo partido yacían junto á la zanja estrecha y curva en cuyo borde, los patos revolvíanse en los charquitos pequeños, entre el ruido pesado de sus alas y sus gritos afónicos. Los alambres rotos del corral denunciaban la escasa preocupación de su dueño. Así era rabí Favel Duglach.

Pero, apesar de tales defectos, gozaba

de unánime estima. Era prudente, bueno y sabio. Conocedor de las Escrituras, pasábase el tiempo conversando con los ancianos en la Sinagoga, en tanto se decía misa adentro. Duglach explicaba minuciosamente los pasajes de cada oración. Conocia las leyendas que rodean los rezos antiguos sobre los cuales daba detalles á sus amigos con citas abundantes. Exornaba los relatos con adornos caprichosos en un lenguaje rudo cuyo estilo áspero tenía á veces el arrebato de los inspirados.

Hablaba á las mujeres en ditirambos y tenta expresiones de égloga para calificar el surco bien labrado y las parvas—que se alineaban como casas en el punto destinado á la trilla—carpidas con rigurosa simetría.

En otros términos, rabi Favel Duglach tenía alma de poeta.

En su espiritu se habían fundido las bellezas de las tradiciones hebreas y gauchas. Aquel judio flaco y amarillo como una llama, sentía la poesia criolla del valor en la misma forma que se exaltaba al relatar ante el auditorio acostumbrado, algún episodio de la Biblia. Entónces, animaba sus ojos una luz extraña y todo su ser marchito y triste volvíase tenso y vibrante.

Era una figura original. La garfiuda nariz se extendía por todo el rostro. Larga melena y largas barbas decoraban su silueta que completaban las bombachas y el requintado chambergo. Rabí Favel solía decir:

— Soy un gaucho judío...

Y lo era en efecto. En su idioma duro y pedregoso glorificaba la vida nómada del paisano. Conocía las fábulas de la comarca que narraba los sábados á los colonos, sublimando con su emoción el heroismo de los criollos del pago entrerriano y el coraje guerrero de los israelitas de otra edad, cuando Jefté comandaba sus briosos ejércitos y las insignas del rey David llevaban á los pueblos de Oriente el esplendor de su civilización y de su fuerza. Cierta vez le preguntaron el significado de una de las oraciones más solemnes y rabí Favel Duglach detalló su orígen en forma conmovedora.

—Nuestra gente, dijo, yacía cautiva en Babilonia.

En las riberas del Eufrates levantábanse sus tiendas que custodiaban los soldados enemigos armados de clavas y ballestas. Cerca de la muralla, el pequeño templo ostentaba el sagrado Bitriángulo á cuya som-

bra se avivaba la esperanza de Israel. Allí se reunían los cautivos y mientras en el templo de Belo, ante cuyas puertas de bronce danzaban cortesanas desnudas, en presencia de príncipes y sacerdotes, los judíos confiaban en la justicia de Jehová y le dirigían plegarias. Una mañana de sábado, un joven, robusto y hermoso, se arrodilló ante el santuario y después anunció á los hebreos la hora de la liberación. «Dios, exclamó, nos sacó con su fuerte brazo de Egipto y nos sacará también de Babilonia».

Era víspera de Iom-Kipur. Los jóvenes de Israel le rodearon y partieron con él á combatir. Durante toda la noche la ciudad maldita oyó detrás de sus gigantescas murallas el choque de los escudos y el ruido de las catapultas. Los himnos de guerra se elevaban bajo el cielo enlutado de nubes, en tanto los ancianos oraban en el templo y el rey de Babilonia, entre las paredes de pórfido de su palacio, se revolvía entre sus mujeres al compás de músicas voluptuosas. Y fué que las huestes babilónicas derrotaron á los vengadores de Israel.

El héroe y nueve de sus compañeros cayeron en poder del enemigo y sufrieron los martirios más crueles. Con peines de

metal desgarraron la piel de uno é hicieron destrozar á los demás con la jauria real. Al héroe le cortaron los brazos y las piernas y lo condujeron á la Sinagoga, en el momento en que se debía comenzar la oración más alta.

El vencido hizo un signo con los ojos y habló. Bajo el techo santo la voz del moribundo resonó como un clarin formidable y exhortó á sus hermanos á luchar por el restablecimiento del reino.

Su última palabra salió de su boca con el último suspiro y las almas piadosas víeron en el aire erguirse en aquel momento la sombra majestuosa de un águila.

Al terminar rabí Abraham afirmó:

—Habla Vd. como un predicador, rabí Favel y sin embargo Vd. no ha estudiado en la Ieschúva.

—Es cierto, dijo; jamás pude congeniar con los maestros. Me fatigaban con las interpretaciones teológicas y me obligaban á saber de memoria las Escrituras. Pero mi padre me enseñaba en casa la sabiduría de los judíos y gracias á sus lecciones aprendí á amar con amor tan ardiente, la naturaleza y la vida. Tal vez por eso el matarife de Rosch Pina, me acusa de hereje, pues ad-

miro tanto á los gauchos como á los hebreos de la antigüedad. Como estos, son patriarcales y nobles. Viven vida sencilla y dulce, entre su hogar y su ganado.

Rabí Favel no faltaba á ningun rodeo de las cercanías. Las escenas críollas le llenaban de entusiasmo. El pial bien echado, el corcovo peligroso, el enlazamiento realizado con maestría le arrancaba esclamaciones de júbilo. A menudo veíase al enteco judío mezclarse en las tareas del gauchaje y pialar y enlazar al par de ellos á los novillos más chúcaros. El caballo más bravo le obedecía como mansa criatura y cedía á la firmeza de sus resonantes espuelas. Y en las tardes de lluvia, Favel Duglach metíase en la carpa de Don Remigio Calamaco á quien admiraba por sus hazañas y respetaba por su vejez.

Allí, en torno del bracero encendido, oía los relatos heróicos del paisano y como éste, sabía entonar una décima en la deshecha guitarra. La lluvia cubría el campo con diminutas lagunas y la hondonada del potrero relucía repleta de agua murmurante. En aquellas tardes apagadas, la carpa de don Remigio Calamaco constituía el refugio de la mocedad. Trovas del pago alternaban

con narraciones y fué allí, donde rabí Favel refirió la pelea de un gaucho con un tigre. Recuerdo aún los ojos de D. Remigio al oir el famoso suceso. Sus pupilas semi cubiertas por las cejas enredadas se dilataban de salvaje emoción. De la palabra del judío emergía como en tosca piedra la figura brutal y admirable del protagonista, cuyo valor nos produjo, el mismo asombro que manifestamos en coro con la más ruda interjección.

Se llamaba Pedro Nuñez, peón en dicha época en la estancia de Leguizamón, lindada en el fondo de los campos por un bosque cerrado á toda huella.

Tigres y gatos monteses abundaban en la selva legendaria. Pedro Nuñez solía apostarse allí y con su poncho y con su daga esperaba el asalto de la fiera. Ni un músculo se movía en su rostro cetrino y grave. Echábase hacia atrás, el denso poncho en la izquierda y su temible daga en la diestra, atisbaba el atizonamiento de árboles de donde al cabo surgía el animal.

Un dia Nuñez quiso ofrecer á los hijos del estanciero el espectáculo de tan emocionante cacería. Aprestaron los muchachos armas y cabalgaduras y partieron al

bosque. Hacía tiempo que un tigre rondaba por los alrededores y tigre cebado según las noticias traidas por los peones.

Precedidos por los perros, la caravana se dirigió bordeando el arroyo. Al llegar á la selva, el husmo de los perros advirtió la presencia cercana de la fiera.

—Gran perro el «Blanco», dijo Pedro.

Como dos luces, los ojos del tigre asomaron en la espesura. Los muchachos aprontaron los fusiles y se vió algo cuyo recuerdo conmovía á rabí Favel Duglach.

—Imagínese, dijo, que nadie estaba realmente en peligro. Cuatro fusiles apuntaban con seguridad. Pero, el tigre, en el primer salto se abalanzó sobre el «Blanco». Entonces, Pedro Nuñez olvidó á los cuatro tiradores y lanzando un grito que resonó en la acústica del bosque, manoteó el pellón de la silla y daga en mano, atropelló la fiera. Fué una lucha de un instante. Los demás, mudos é inertes sobre sus caballos, miraban. El tigre levantó su enorme cabeza, dobló apenas las patas mientras Pedro, imitándole los movimientos, se encorvó retirando hacia atrás la daga y extendió la otra mano envuelta en la piel de carnero. Pegó un salto la fiera y al mismo tiempo

un rugido largo atronó el espacio y cayó á los pies del cazador. El certero dagazo le había partido el corazón. Pedro extrajo dificultosamente el arma hundida hasta la mitad y con acento tranquilo, como si nada hubiera hecho, dijo encarándose con los silenciosos espectadores:

—Era cebao...

Y la emoción del episodio llenaba de júbilo á Duglach. El valor del gaucho, el gaucho de la vieja leyenda le tornaba inspirado y augusto. Por eso le estimaban los colonos, porque sabía conmover su espíritu con sus relatos hebreos y criollos. Descuidaba su labrantío y su quinta pero sabía exaltar su belleza y revivir las tradiciones venerables del reino extinguido y las fábulas de la comarca.

Es el poeta de las heredades judías y allí continúa, pobre y feliz, glorificando con su milagrosa palabra la vida de la campaña argentina y en su pecho armonioso lo heróico tiene una rústica lira que ennoblece la existencia pacifica de los labradores.

LA REVOLUCION

El cargo de alcalde era codiciado en mis tiempos por los vecinos más respetables de la colonia. Daba á los que lo desempeñaban cierto prestigio de autoridad, que solía exteriorizarse en los actos oficiales, en un apretón de manos por parte del administrador ó el enviado extraordinario de la Jewish. Presenciaban los colonos la sencilla ceremonia de la visita de tales personajes y un vago respeto les invadía al ver á su representante departir con ellos en tono familiar. Se le designaba pomposamente con el título de alcalde, pero en realidad sus funciones eran reducidas y mediocres. Consistían en gestionar ante la administración

los pequeños pleitos de los vecinos — el cambio de un yugo, de una vaca que resultara en extremo indomable ó bien del caballo, mancado en un accidente cualquiera. Sin embargo, suscitaba las luchas y las pasiones que suscitan los cargos públicos en las sociedades bien organizadas.

Se elegía el alcalde, según los cánones democráticos, celebrándose asambleas preliminares y reuniones tumultuosas en las cuales los judíos más apacibles se exaltaban en la oratoria jacobina de las polémicas.

En la época á que me refiero terminaba su período rabí Isaac Stein. Veintiocho colonos formaban el sólido grupo de la oposición y otros dos permanecían adictos al alcalde. La situación era grave y el comentario de la sinagoga enunciaba una inquietud angustiosa cuyo estallido se temía.

Un sábado á la mañana, en el patio del rústico templo, la gente conversaba sobre tales asuntos eligiendo las palabras más duras para calificar al humilde funcionario.

Rabí Israel Kelner construía frases agresivas; rabí Abraham, sobrio y mesurado, asentía alisándose lentamente la hermosa barba; Jacobo, el peoncito, siempre bien informado,

intentó referir un hecho que á su juicio era una vergüenza para Stein.

—Una vez, dijo, estaba yo en la herrería de la administración. ..

Rabí Israel, solemne en su túnica hierosolimitana, hizo un gesto paternal afirmando:

—Los niños no deben ocuparse de política; rabí Isaac es ante todo un anciano respetable ...

Jacobo lo miró con fijeza, arreglóse el chambergo y después de subir un tanto el tirador, donde brillaba el mango de un cuchillo y las boleadoras de plomo, contestó con esforzado reposo:

—Tiene razón, rabí Israel; pero si los niños no deben ocuparse de esas cosas, no debía pedirme que vote por usted....

Rabí Abraham tosió discretamente y Kelner trató de sonreir. Viejos y jóvenes, sumidos en molesta expectativa, aguardaban en silencio. Por fin, Kelner se aventuró:

—Eres siempre el mismo muchacho; á nadie respetas....Entonces, decías que estabas en la herrería....

—En la herrería de la administración, contestó Jacobo. Había ido á buscar una reja. Estaba allí rabí Isaac que todavía no

era alcalde. Al irse éste, el herrero notó que un rollo de alambre disminuía á medida que se alejaba. Comprendió el milagro en seguida, ató la otra punta del rollo á un poste y nos llamó á todos á fuera. Isaac Stein iba á trote lento, por el sendero de la loma, sobre su pingo azulejo. De pronto el alambre se estiró en el aire como una cuerda y una larga vibración resonó en el prado. Bruscamente se detuvo el caballo y rabí Isaac describió por encima de la cabeza del animal un corto semi-círculo cayendo con la pesadez de un fardo. Se levantó con dificultad, desanudó el alambre de la argolla de la cincha, miró hacia nosotros y montando de nuevo prosiguió el camino.

A la noche, hablándome del suceso, me dijo:

—¿Has visto, Jacobo, lo que ocurrió? ¡No sé quien me habrá enganchado el alambre!....

Otros contaron detalles no menos interesantes y llegaron á la conclusión de que el alcalde humillaba á la colonia.

—Yo le pedí que me haga cambiar un yugo, exclamó uno; pues ya han pasado tres meses y todavía no lo he conseguido.

—¿Y la «Rosilla»? Aún no me han dado

otra vaca. La mía es chúcara y no se la puede ordeñar ni maneada ni atada.

Las quejas contra rabí Isaac continuaron. Cada uno expuso del modo más iracundo reconvenciones de la misma índole, mientras adentro, voces roncas rezaban en coro.

—Ahí viene el alcal de, anunció Jacobo.

En el camino polvoroso, la silueta de rabí Isaac se divisaba en toda su anchura. Acercóse con una sonrisa llena de protección y amparo, saludando en tono muy afable:

—¡Buen sábado, hebreos!....

—¡Buen sábado, buen año! respondieron los del grupo.

El alcalde notó en la sobriedad excesiva de la respuesta, que el ambiente no le era muy favorable y decidió conquistar la simpatía de sus enemigos. Dijo:

—¡Hermoso día hoy!......Es un placer que sea sábado, pues así podemos descansar de la semana gozando de aire excelente y los jóvenes pueden divertirse á gusto.

Israel Kelner, que se preciaba de ser el hombre más ecuánime, respondió asintiendo:

—Es verdad.

Esto alentó al alcalde. Su palabra fácil

se desató en una charla contemporizadora y gentil, encontrando para todos un elogio. Al pasar, regresando la tarde anterior de la administración, vió el trigo en la era de Guintler.

—¡Magnífico trigo! exclamó con gesto expresivo, describiendo el panorama de la extensión cubierta por aquel olaje denso y verde. ¿Y la huerta de Kelner? Terminó agregando:

—¿En qué colonia, rabí Israel, dan los ojos con cosa igual? Regocija verlo.

Kelner repuso:

—También he trabajado.

El alcalde ni siquiera olvidó ser agradable á Jacobo, á quien palmeó un hombro, preguntando:

—¿Y tu petizo? Tienes un petizo que envidiaría un príncipe: vale todos los dineros. ¿Sabes? te doy por él mi mejor caballo....

—Hará un mal negocio, contestó Jacobo; el petizo es un poco arisco y hay que saber manejarlo....

Stein, que esperaba una respuesta más cortés, advirtió que debía decir las oraciones y ya era tarde. Púsose la túnica y entró.



Las elecciones se anunciaban para un mes después. Kelner prometió á la oposición ocuparse de asuntos serios y gestionar la construcción de una escuela y de la sinagoga.

Hizo la promesa en un discurso, en casa de Guintler, reprochando á Stein su indiferencia y su ingratitud. Y fué elegido.

Sus amigos de antes no tardaron en hallarle defectos. Como Stein, tardaba en proporcionar á los vecinos nuevas herramientas y además, mostrábase orgulloso y despreciativo. Una vez, en la oficina de la administración, el matarife le pidió que le tramitara el cambio de un arado, que se destrozó casi por completo al huir con él los bueyes espantados.

Era época de remoción y por lo tanto el pedido urgía. Kelner tuvo la audacia de contestar:

—¡Déjeme: estoy ocupado ahora!....

El hecho se comentó con disgusto y la ofensa inferida á un hombre tan prestigioso como el matarife llenó de indignación á las mujeres.

—¿Quién lo habría creído?—decían.

—¡Esto merece un castigo!

La actuación del alcalde dió lugar á un movimiento de importancia, encabezado por rabí Isaac Stein, según una costumbre venerable por lo antigua, que colocaba al alcalde anterior frente á los vecinos descontentos, que formaban generalmente la mayoría de la colonia. Asambleas agitadas celebrábanse con frecuencia, y en una de éstas se trató la manera más oportuna para destituir á Kelner.

Graves controversias y discusiones ardientes conmovieron á Rajil. Un día el alcalde extremó su irregularidad hasta echar de su casa á Stein. La población estalló en insultos y se decidió una reunión para aquella misma noche. Fuéronse á los predios los jóvenes y los viejos se congregaron en la sinagoga para meditar sobre los sucesos.

—¿Qué les parece si fuéramos á ver al alcalde?—preguntó rabí Abraham.

Discutieron el arriesgado propósito, y concluídos los rezos cuotidianos, se encaminaron hacia la casa de Kelner, en el extremo de la minúscula aldea.

Eran ocho los heróicos ancianos. Avanzaban por el camino con paso lento, en

filas de dos y el viento movía sus grandes barbas.

Al pasar delante de la primera vivienda, las mujeres, entregadas á fas faenas domésticas con escobas y rastrillos, indagaron el motivo de la inesperada procesión. Uno de ellos explicó, haciendo un airado ademán:

—¡A ver al alcalde!

Se agregaron á la resuelta columna y de las casas restantes salieron mujeres para engrosar la masa imponente.

—¡Le pediremos los libros!—gritó una mujer.

—¡Los libros!— gritaron todos.

Tales libros consistían en un cuaderno facilitado por la administración, donde el alcalde anotaba el pedido de los vecinos y era el símbolo más visible de su autoridad.

Kelner, alarmado, apareció en la puerta, y al aproximarse la gente, interrogó con voz poco segura:

—¿Qué quieren ustedes?

—¡Queremos los libros!

—¡Los libros!—repitieron todos.

El alcalde trató de convencer á los exaltados, pero sus esfuerzos resultaron inútiles. Era posible disuadir á los hombres, más

no así á las mujeres, cuya ira aumentaba el acento suave de Kelner.

Este exclamó por último:

—¡Son cosas que no deben tratarse con mujeres!

—¿Qué ha dicho ese mónstruo?—exclamó una.

Y otra por toda respuesta arrojó la escoba á la cara del alcalde. Esta fué la señal de la revuelta. Las mujeres asaltaron la casa destruyendo lo que hallaban, y por fin dieron con el precioso cuaderno.

La esposa de Stein se mostró en la angosta ventana exhibiendo triunfalmente el cuaderno y la columna tumultuosa se puso en marcha, bajo el ondear victorioso de escobas y rastrillos.

Tal es la historia de la revolución de Rajil, que se parece á todas las revoluciones de que nos habla la historia.

———

LA TRISTE DEL LUGAR

Los que alguna vez atravesaran Rajil, ya en el carro pesado de las faenas agrícolas, ya en el rápido sulky, vieron á Jeved. No era posible confundirla con las muchachas de la colonia. Aquella moza de carne torneada en firmes relieves, alta, ruda, de duro mirar, detenía á los forasteros. Trás la bata ligera, los senos se pronunciaban en su turgencia pujante y andando, sus movimientos acompasábanse con lentitud cadenciosa y triunfal. Era de las hembras gloriosas de la Biblia. Mujeres como Jeved empujaron al combate las huestes de Jefté, y en la santa ciudad, asistían serenas é inmóviles, á los sacrificios y á los castigos. Y al modo de

esas mujeres que decoran en apagados colores las páginas de los viejos misales, Jeved ostentaba un casco de crenchas bronceadas, que tornaba más densa la negrura de sus pupilas, á la sombra de cuyas pestañas, el alma del rey Salomón habría entonado sus cánticos de paz y de molicie.

Era sencilla y su corazón dado á las melancolías del campo. Por la senda húmeda dejaba breves huellas su pié y cuenco al hombro, evocaba su silueta en el quieto atardecer de los prados, láminas de antigua poesía. Allá, junto al charco poceño, solían los mozos beber de su ancho jarro mientras delante, la yunta arrastraba, precedida por el perro, el arado ó la rastra. Luego volvía con el agua fresca, á paso menudo, hundidos los ojos en la distancia gris del camino.

Había algo de sacerdotal en sus maneras. Contestaba los saludos con tono reposado y grave, esa gravedad propia de los espíritus místicos; las palabras salían de sus labios apretados y pequeños como si fueran frases sacramentales. Cuando un vecino, herramienta bajo el brazo, dábale los buenos días, Jeved respondía:

—Buenos días le envíe Dios...

Y la respuesta habitual semejaba un rezo. Gracias á ella, los colonos rústicos sentían la emoción de la naturaleza. Con el curvo palo, al mezclarse en el ganado para aportar la vaca del ordeño, resultaba una figura de arte agreste, una de esas imágenes que pintan las baladas pastoriles é ingenuas. Tal era Jeved. La amaban los más apuestos garzones, que buscaban descanso en su pecho y melodía en su voz....



Sobre la diminuta lomada erguíase la casa paterna. En frente, el corral y el portón encuadraban el patio chacarero, donde las aves y los perros llenábanlo de ruidos y ladridos. Allí la angosta zanja por cuyo hueco escurríase la lluvia y allí el flaco paraiso como palmera en su páramo y en los torcidos gajos, calandrias y vientos, pródigos en coplas á la hora cálida de las siestas.

Y cuando el sol trasponía la mitad del cielo, más rojo y más blando, en el fresco del alero, sentábase con su labor. A veces, movía los brazos desnudos, suavemente,

ritmicamente, pespunteando en la tela afirmada en la rodilla; á veces, llegaba la noche sin que sus ojos se hayan apartado del punto lejano, del punto invisible perdido en el azul del firmamento. Entonces sus pupilas parecían dilatarse en su misma negrura fascinante y lúgubre.

Si cualquiera se le aproximaba, su cuerpo se estremecía en una brusca sacudida y reanudaba la costura.

Aquel arrobamiento de tardes enteras inquietaba á la abuela casi centenaria que presumía maleficios y la madre, entre suspiros apenas contenidos, confesaba á la comadre de la aldea:

—Tengo mis miedos; así pasa largo tiempo, no habla, no oye ni vé y se diría enferma de enfermedad muy estraña.

La comadre decía:

—Si tuviéramos rabino tan sabio como el de Spikoff.

La abuela suspendía el tejido de la eterna calceta para rectificar con su voz ronca y gastada:

—No el de Spikoff: el de Vilna, rabí Eleazar, á quien no turben mis palabras en su tumba, era de mano milagrosa. Ejemplo de santidad, que implore por nosotros en

la izquierda del Altísimo. Yo le he visto librar corazones del tormento y devolverles el reposo.

Tornando á manejar las agujas, mascullaba entre cuchicheos la adecuada plegaria, cuyo eco moría en su boca desdentada y silbante.

La comadre consolaba citando casos ocurridos:

—Nada temible, mujeres que sois. La muchacha es de callado natural y poco amiga de algazaras. No digo que no le falte alguna enfermedad. Tal vez agua en el vientre, tal vez mal de amores, porque es linda—¡ay!—bien quisiera yo hijas de su hermosura. Ni las rosas de verano, ni el pan de las fiestas sale así, y ojalá no le dañe mi envidia....

Dos grandes lágrimas humedecían de gratitud las mejillas grietosas de la madre:

—¡Bendígala Dios! Ni las palomas la ganan en bondad. ¡Lo que no diera por besar sus hijos para consuelo de mi vejez! ¿Y mi marido? Se mira en sus ojos y le dice:

—Joyita, oro mío el más fino, me tienes penando....

Y ella se cuelga de su cuello y apaga sus zozobras con caricias.

Así dialogaban las viejas hasta que Jeved

aparecía con el cuenco para buscar el agua ó el palo para apartar las vacas.

Acompañábanla quedos murmullos en la placidez del crepúsculo:

—Alondra de mi nido....

—Regocijo de mis días....

—Se la conserve el Señor.

—Es de besar sus huellas....

El perro, que perseguía perdices en el potrero, acudía á su llamado:

—¡*Emperador*, vamos por agua!....

Rumbo al pozo, dejaba oir lúgubre y débil, el canto de la Sulamita:

Te daré en premio, almendras y pasas,
Duerme, duerme Israel ...

* * *

—Jeved, solían decir en la colonia, no es triste sino muy orgullosa.

Y lo decían aquellos que se vieron rechazados por ella pues, hasta entonces, no se le conocía inclinación hacia ninguno. Ni los más gallardos lograron la menor sonrisa, ni el hijo de Liske el rico, tuvo suerte á pesar de su infatigable insistencia.

Sin embargo, no era orgullosa. Humilde y buena, ayudaba á los vecinos en los quehaceres domésticos y departía con todos y no se cuidaba de habladurías. Eso sí, nadie dudaba de su honradez, aunque se detenía á conversar con los mozos y una mañana al volver Jeved del campo, á donde llevara el café al padre que rastreaba para el trigo, respondió con un recio golpe á un peón del tajamar por el pellisco con que acompañara el requiebro.

En los bailes y en las fiestas, rodeábanla sus enamorados y á cada uno respondía siempre con la misma negativa. Al establecerse en la colonia un antiguo estudiante de Odessa, intentó como los demás y con idéntico resultado, á cortejarla. Los sábados á la tarde aparecía en su casa, recibido con amable cortesía por la familia. Tenía en su ventaja el haber frecuentado la universidad y ese título valía á Jeved la envidia de las muchachas. Pero Jeved, escuchaba sus disertaciones, le hacía preguntas, se mezclaba á las conversaciones que sostenía con el padre, sin mostrarse por esto más interesada en el nuevo festejante.

Las mujeres decían:

—Un gran hombre, un astrónomo.

—Estudió en la Universidad...

—Todavía usa el gorro con galones dorados y Jeved no lo quiere...

Sentada en el umbral, apoyada la cabeza en ambas manos, semi-cubiertas por los cabellos, parecía hallarse muy lejos, extraviados sus ojos grandes y tristes.

En los días de trabajo íbase á la quinta, se extendía sobre la hierba y permanecía inmóvil mirando la caída del sol. En aquel retiro cuotidiano su espíritu se diluía en la vaguedad del ocaso. Poco á poco retornaban á su memoria los recuerdos infantiles y se veía, como en la pintoresca ciudad del Mar Negro, pequeña y alegre corriendo con los chicuelos por la playa dorada. Allí no era Jeved la rústica labradora de Rajil. Sus quince años florecían en el desahogo y en la comodidad y soñaba con los héroes de las novelas que el padre solía leer en las tertulias nocturnas. Aquellos años cuya pompa agrandaba el pasado, revivían en sus remembrazas, bajo la fastuosa agonía del sol. Y evocaba en un dejo de salobre tristeza al novio que fué su imaginario doncel, en los crepúsculos quietos, en el jardín á través de cuyos árboles el mar encendido en llamas, se veía hincharse en la lejanía bru-

mosa. Así vivía la aldeana, rememorando horas ya muertas. Desvanecidos los sueños, el derrumbe de las cosas brillantes la llenaba de melancolía y la existencia tosca de la campaña la envolvía en una especie de muelle pereza.

Ni el hijo de Liske, con su dote de bueyes, ni el estudiante locuaz sustituían la incierta figura del colegial aquel que abrió á su imaginación, cuando todavía usaba trenzas y corta pollera, las puertas del paraiso. Eran distintos esos hombres endurecidos en la labranza. Y mientras Liske, el estudiante ó el hermano del matarife se le insinuaban en lenguaje campesino, los comparaba en su interior, con el novio deslumbrante de la infancia. ¿Qué haría ahora el novio?

En tanto, se espesaban las sombras dando á los cardales un aspecto de selva fantástica y el mujido de las vacas oíase agravado en la nitidez de la atmósfera. Croaban las ranas su romanza lóbrega en los charcos diseminados por los predios y lejos, muy lejos, los gritos del boyero anunciaban la hora llegada del descanso.

La muchacha continuaba pensando. ¿Qué haría ahora el novio? É imaginábalo her-

moso y triunfante, buscado por las mujeres más bellas de la ciudad. El cuadro se desarrollaba á su vista en un esplendor de apoteosis. Sin duda, eran envidiables aquellas mujeres, escotadas y magníficas, con sus vestidos, sus perfumes, blancas y suaves las carnes como el raso. Ellas eran las amigas de su antiguo y de su primer caballero. En los salones lo rodearían, lo festejarían y creía oir en el arrobamiento de sus ensueños, las risas y los murmullos de las fiestas donde lo veía, tan arrogante, tan deseado por todas.

Una vez, al evocarlo, no pudo recordar su nombre. Balbuceó varios en voz baja moviendo negativamente la cabeza. Por fin acertó con el verdadero y al pronunciarlo, el eco jubiloso la despertó de su ensimismamiento...



Andando en tales circunstancias por el serpeante camino, oyó detrás suyo á Lázaro, que tocaba su flauta de barro. Nunca le había hecho igual impresión. Nunca le parecieron tan tristes los quejidos que emitía

el instrumento rústico. Dióse vuelta y le habló:

—Lázaro, tocas como un músico....

El muchachote paróse encogiendo su pierna renga y respondió, sin apartar la flauta de los labios, con una sonrisa. Y siguió tocando.

Iban juntos. Franjas rojas cubrían el horizonte y el campo todo se llenaba de silencio, turbado por el chirrido de los grillos y el ladrido de los perros. Lánguida y soñolienta, la tarde se anegaba en dulzuras inefables. Sobre sus cabezas una luna angosta y opaca se elevaba y las estrellas, todavía pálidas, aparecían entre las nubes serenas.

—¿Porqué no tocas, Lázaro? Interrogó Jeved.

—Creía que no te gusta, contestó.

—Al contrario, y más aún esta tarde...

El colono entonó una melodía de su repertorio, formado por canciones rusas, motivos judíos, tal cual vidalita, tal cual *estilo*. La música del rengo, extendida por el valle confuso, fué envolviéndola hasta apagar las visiones de antes y conducir á su espíritu la tranquilidad más completa. Largo rato pasearon por los alrededores sin decirse

palabra y de noche ya casi, Jeved se despidió diciéndole:

—Me esperarán en casa, me voy; vente mañana....

Algo quizo decir Lázaro. Su cara enrojeció, sus ojos se clavaron en los de la moza, mas un nudo se le hizo en la garganta y no pudo articular una sílaba. Temiendo lo notara ella, trató de apaciguarse y al fin salió del paso murmurando con voz entrecortada:

—No te olvides dar mis recuerdos á rabí Jonás.

Y se separaron.

Después de la cena, rabí Jonás leyó una novela de Schummer, cuyo argumento—la persecusión de los judíos en España—la conmovía siempre.

Jeved pensó en el héroe, en aquel don Pedro de Parera, que el autor vestía de terciopelo y lo hacía alternar con infantes y princesas en la corte de los Felipes. Cubrióse de nieblas su frente al meditar en lo distintos que son los hombres en la vida y en los libros. ¿Cómo habría sido don Pedro de Perera en la realidad? ¿Cómo sería el mismo Schummer? ¿Cómo sería el novio de sus quince años?.. Y al hacerse mental-

mente la pregunta, sintió que la imágen tan cara á su memoria iba desvaneciéndose. Se durmió y en sueños, las melodías temblorosas de Lázaro, moduladas en la flauta de barro en la lentitud de las tardes aldeanas, mecieron su alma enferma de indefinibles angustias.

Al día siguiente, en su retiro de la quinta, sintióse menos agitada. ¿Vendría Lázaro? Lo cierto es que jamás había puesto atención en ese muchacho tan bueno. ¡Vaya una manera de tocar! La silueta de Lázaro, con su pierna renga, fué pintándose en el paisaje que la rodeaba, en el cielo azul, en los arbustos próximos, en la tierra negra de surcos que limitaba la distancia. Recordó cómo cierta vez no pudo alcanzar al ternero desatado y afligido de verlo correr arrastrando el pié cojo, se echó tras el animal. Tampoco olvidaba la emoción del mozo cuando le llevó el ternero, emoción que le impidió agradecer el favor. Una piedad inmensa inundó su corazón.

Lo comparó con los demás jóvenes que la cortejaban, el ordinario Liske, el estudiante, tan hablador, tan presuntuoso. Ninguno de ellos valía lo que valía Lázaro en su sencillez total. Nunca le había dicho una

palabra, pero en todas partes le encontraba con la mirada fija en ella, elocuente y muda...

¿Vendría? Al interrogarse así advirtió que la duda la exasperaba y se notó impaciente.

Y ya no pensó en otra cosa. Cuando se dejaron oir los gritos del boyero juntando el ganado y el son de la flauta penetró en sus oídos, sin darse cuenta, se levantó de un salto y moviendo los brazos, gritó jubilosamente:

—¡Lázaro, Lázaro!......

EL VIEJO COLONO

Sea tenudo en grant et fuerte servicio el anciano que bajo aquesa piedra aqueda la resurrección con Mesías. Bellido de luengos años, Dios (non decid el suo nome se non sodes puros de pecaminación) le fizo regalía de la sua morada en el Paraíso.

Inscripción aljamiada.

Llamemosle por su nombre bíblico, rabí Guedalí. No nos acordemos de su apellido, compuesto sin duda en alguna ciudad alemana, en el siglo XVIII, por señores que gustaban burlarse de los traperos judíos, habitadores del fosco gheto de Frankfort ó de Munich. Guedalí, ó bien, según el modo talmúdico, rabí Guedalí ben Schlomo. Bien

merecía ser designado de tal manera pues, más que al terruño colonial, cuadraba su erguido tipo á las épocas castizas en que los hebreos formaban en las villas españolas, doctas corporaciones de sabios y poetas. Tan solo aquellos judíos que cita en sus libros rabí Menasche ben Israel, se le parecen. Tenía su apostura noble y su ademán señoríl y era, como las figuras que conservan de ese tiempo los museos, alto y enhiesto, de rostro palidecido por la meditación y la boca sonriente á fuerza de haber conocido todos los padecimientos.

Fué él mi maestro y él fué quien me enseñó, bajo el techo angular de la choza campestre, el uso de los Símbolos y el significado de las oraciones. Con justicia lo venerábamos porque era venerable.

Yo le conocí muy anciano yendo todas las mañanas y todas las tardes á la sinagoga, apoyado en el curvo palo como patriarca en su báculo, pensativo y lento: y diré también que era sabio y dulce, como deben serlo los varones que han vivido tanto y han visto tanto bajo el cielo infinito. Nada hacía ya y empleaba sus horas en conducir al espíritu de los niños el principio de la sabiduría divina, agradecer al Señor los

beneficios de la existencia, y consolar, en los instantes supremos, el corazón de los moribundos. Por esto cito en su memoria, el epitafio que un coplero anónimo compuso en el añejo aljamiado, en honor del Raschi y que figura en los misales arcáicos de Constantinopla. Repetiré lo que suele decir mi madre cuando cuenta, en las largas sobremesas de Pascua, algún episodio de su vida ejemplar:

—¡Que mis palabras no turben la paz de su sepulcro!



Era de continente magistral y grave. Su vejez había espiritualizado su silueta en otros años sólida y recia y el andar mesurado dábale una magestad que acentuaba su porte sacerdotal y ceremonioso. Parecía bendecir cuando levantaba la mano huesuda y trémula y cuando oraba, la frente elevada hacia Dios, el rostro transportado por la unción del rito, la barba temblante y extensa, hacía pensar en los ancianos augustos cuya vida fué ejemplo y cuyos hechos enseñanza inmortal.

Un día, al atardecer, vímosle acercase á

nuestra casa y como de costumbre, entró saludando al estilo hebráico:

—Quiera Dios venga yo á esta casa en buena hora.

En seguida, no bien cobraba aliento, aspiraba su ápice de rapé que extraía de una cajita desusada, en cuya tapa advertíase, muy borrada ya, una escena del antiguo Testamento. Después del elogio correspondiente del trigal que brillaba á lo lejos y de la vaca que pacía al borde del camino, rabí Guedalí anunció que le traía un asunto muy serio.

—Señora, dijo, vuestro hijo es huérfano y hay que enseñarle la doctrina, pues los huérfanos profesan los Símbolos al cumplir doce años. Será un consuelo para mí instruirle en las letras, á fin de que sepa rezar por los suyos y dar gracias á Dios.

Y desde aquel día, después de conducir el ganado al pastoreo cercano, iba yo á casa de rabí Guedalí, donde me proporcionaba el bien de su sabiduría. En su boca, el idioma de los profetas y de los rabinos, revivía en su primitiva belleza y concluídas las oraciones, me explicaba el sentido de los rezos y el valor de los conocimientos talmúdicos. Al modo de los hebraistas españoles y árabes—así Jnv Ghebirol-ben-Jehuda

—recurría á los diálogos de los maestros que sutilizaban en los siglos extinguidos sobre teología y moral y á los suaves apólogos de los poetas. Los conocía en su confusa profundidad y la Guemara y la Cábala carecían de secretos para su inteligencia ejercitada en el estudio de los textos sinagogales. Díjome cierta vez rabí Guedalí:

—El hombre que no reune, la bondad del alma á la ciencia del consejo, es como si tuviera un ojo en un solo lado del rostro y no puediera ver sino en una dirección.

Te contaré, hijo mío, un caso que motivó sapientes deliberaciones, allá en el tiempo en que nuestros hermanos vivían tranquilos al amparo de los reyes de Castilla. Preguntó Rabí Akiva á sus discípulos qué necesita el hombre para disfrutar de la dicha. Uno repuso: necesita un amigo fiel en la cercanía de su vivienda para gozar de su útil experiencia. Otro afirmó, que la salud, el tercero la inteligencia y el cuarto la sabiduría. Pero como rabí Akiva permaneciera meditando, el discípulo que hasta entonces se mantuviera en silencio, respondió que es necesario sumar todos los beneficios jun-

tos, que resumen, como la luz todos los brillos del iris, la bondad y el saber y así estará defendido en el más solitario rincón del desierto. ¿Me comprendes, hijo mío? Digamos ahora los rezos, para que la hora de la comida no nos sorprenda sin haberla merecido ante Dios...

*
* *

Cuando sus hijos y sus nietos debían trazar los surcos iniciales de las amelgas, rabí Guedalí guiaba el arado. Era este un acto inaugural y solemne y el anciano le daba el sentido religioso que este sencillo procedimiento tiene en el tratado del Talmud. Arropábase en su grueso gabán de pieles caucásicas y puesta la bandera en el término del predio, sostenía los manubrios de hierro del arado, cuyo crugido al abrir la dura tierra, acompasaba el tardo caminar de los bueyes. Realizada la breve tarea, sentábase sobre una piedra y miraba el trabajo de los mozos, animándoles con su palabra y sus gestos:

—Acuérdate, Abraham, hijo mío, acuérdate, Jacobo, bien mío, que es difícil sacar el pan de la tierra, pero solo de la tierra lo

sacan los hombres honrados. ¡Ojalá no hubieran tocado mis manos, sino el misal y el arado y sería yo destinado á velar por vosotros en el Paraíso!

Retornaba á la choza de paja y decía á su mujer que calentaba su viejo cuerpo junto al brasero:

—En la amelga dejé á los niños que saben honrarnos con su sudor. ¡Dios nos dé buen año y lo tendrán también los que son más pobres que nosotros! ¿Has rezado ya y comido?

El día en que yo profosé los Símbolos, los vecinos se reunieron en mi casa para las felicitaciones, y como es de costumbre comieron pan dulce y bebieron el vino augural. Fué entonces que yo oí á rabí Guedalí relatar su vida, transcurrida serena y suave.

Aquel viejo, lleno de religión y de preceptos, fué en Rusia fundador de una ciudad. Encontróse muy joven dueño de una inmensa fortuna y era todavía la época en que los propietarios de tierras tenían sobre sus aldeanos el derecho de la esclavitud. Era en los años en que los soldados del emperador perseguían en las provincias polacas á los príncipes lugareños que ahor-

caban en las plazas y vendían después, según refieren las tradiciones, sus vestidos y sus joyas á los traficantes austriacos. Fué cuando rabí Guedalí adquirió grandes extensiones y el beneficio de cuya labranza otorgaba generosamente á los aldeanos por lo cual se le delató á los encomenderos del imperio como enemigo del estado y de la tranquilidad. Mas, rabí Guedalí no se inmutó y partió á San Petersburgo para defenderse ante el zar á quien llevó de regalo un Pentatenco secular y una ristra de perlas.

—He ahí un buen judío, dijo Nicolás I, á quien hay que respetar. Y concedió á rabí Guedalí el derecho de los hidalgos.

Pero, cuando la esclavitud quedó abolida, fué despojado de sus tierras y su fortuna sufrió todavía más hondos quebrantos con la guerra que Alejandro II emprendiera. Rico aún, continuó viviendo en la ciudad que fundara hasta oír noticias de América. Peregrinó á Jerusalém y regresó triste, pues declaró preferir una región cualquiera al cuadro que ofrece la capital sagrada de los judíos, con sus conventos y cruces. Y vino con las primeras emigraciones á Entre Ríos dejando en Rusia sus posesiones. En Entre

Ríos terminó completando el ideal de su existencia, que fué siempre, labrar la tierra y comer pan de su trigo y legumbres de su huerta.

Una madrugada vino á avisarnos un muchacho que nos llamaba rabí Guedalí. Fuimos presintiendo que su última hora era llegada y cuando penetramos en el rancho, lleno de gente, hallámosle sentado en medio del cuarto, vestido con el *kitol*, (1) imponente y tranquilo. Extinguíase como una luz su vida. Despidiose de cada uno con palabras de esperanza y de gratitud, y nos dijo, elevando sus ojos al cielo:

—Que vuestros cuerpos, como el mío, reposen en la tierra que labran vuestras manos y seréis bendecidos...

Su voz se apagó y sus ojos se cerraron en medio de los llantos y los clamores. Así vivió y así murió mi maestro.

(1) *Kitol*, ropón de blanco lienzo que se usa en las noches rituales de pascua, se pone á los moribundos y con el cual se envuelven los cadáveres.

EL HIMNO

Era en los primeros tiempos de la colonia. Los judíos de Entre Ríos conocían poco el lugar y sus ideas sobre las costumbres del país eran en extremo confusas. Admiraban al gaucho y lo temían, envolviendo su vida en una vaga leyenda de heroísmo y de crímen. Sabíanlo peligroso é irascible. Las fábulas de sangre y de bravura, referidas en las noches de luna por los cantores poco frecuentes del pago, interpretadas mal por los nuevos campesinos, contribuyeron á fomentar el concepto difundido sobre el paisano. Resultaba para el judío de Polonia ó de Besarabia, el bandido romántico, feroz y caballeresco, como un héroe de Schummer

cuyas aventuras leían las muchachas obreras, al regresar del taller, en Odessa, ó al terminar las tareas habituales en la existencia rústica de la colonia...

Así, en la sinagoga, que funcionaba en tal ó cual rancho de Rajil, jóvenes y viejos discutían cosas relacionadas con la Argentina. El entusiasmo de vida libre, soñada en los días amargos de Rusia, aún no se había amenguado. Un amor idílico rebosaba en todas las almas y los ojos eran cisternas de ensueño. Por los alrededores de Rajil, los arados abrían gloriosamente la tierra y la esperanza unánime estallaba en canciones. Los sábados, hasta medio día y al atardecer, se recordaba frente á la puerta de la sinagoga y no lejos del corral, las penurias antiguas, los episodios del éxodo, como si la emigración del imperio moscovita fuera la bíblica Huída historiada en las noches de Pascua.

Se oían afirmaciones distintas. José Haler, que había hecho en Rusia el servicio militar, sostenía que la Argentina carecia de ejército.

Rabí Isaac Herman, anciano todo encorvado, tembloroso y enfermo, que enseñaba á rezar á los chicos de la vecindad, se opuso con energía á las opiniones de José.

—Tú nada sabes; eres un soldadote, le dijo. ¿Cómo quieres que la Argentina no tenga milicia? Fíjate que hay soldados en Rusia y eso que se trata de una monarquía.

—Por esta misma razón, Rabí Isaac. Aquí el zar es un presidente y no necesita soldados para defenderse.

—¿Y los que están en la Estación Domínguez?

La pregunta del anciano turbó á José y no supo explicar de un modo satisfactorio la presencia en Domínguez del sargento, cuyo curvo sable constituía el espanto de los niños.

Una tarde, un vecino llegado de Villaguay, trajo la noticia de fiestas próximas. Describió arcos y banderas en la calle de la municipalidad. La noticia se comentó y otro vecino propuso investigar el motivo de la fiesta.

No sabian los colonos una palabra de español. Los mozos copiaron pronto las costumbres gauchescas pero no lograban explicarse con los criollos más allá de las necesidades cuotidianas. Resolvieron, sin embargo, interrogar al boyero, D. Gabino, compañero de Crispín Veláz-

quez y veterano del Paraguay. Don Gabino opinó que debía tratarse de una yerra ó bien de elecciones. La versión pareció lógica al principio más fué rechazada después. Por fin, el comisario de la colonia, don Benito Palas, fué quien comunicó á los judíos el objeto de los preparativos y en una forma elocuente y rudimentaria explicó al matarife el significado del 25 de Mayo.

El hecho preocupó á los habitantes de Rajil y en las tertulias nocturnas y en los descansos de las faenas, en las amelgas, los vecinos se reunían conversando sobre la fecha. Cada uno explicaba á su modo la importancia del suceso y por último nació la idea de celebrar el aniversario.

La iniciativa se debía á un antiguo delegado de Jitomir, Israel Kelner que había ido á Jerusalém para organizar la emigración en 1889. Hebraista estimado públicamente por el matarife de Rajil y el de Karmel, gozaba de prestigio y pronunciaba discursos en las modestas solemnidades de la colonia. Hizo un viaje á Las Moscas y don Estanislao Benítez, estanciero de allí, le informó minuciosamente sobre el asunto.

La celebración del 25 de Mayo quedó

decidida y se designó al alcalde y al matarife para organizar la fiesta. Jacobo, peoncito de éste, el más acriollado, vistió sus mejores bombachas, y sobre su gallardo petizo avisó de casa en casa una asamblea en la Sinagoga. En ella se discutieron los detalles del acto. Se resolvió, desde luego, no trabajar el día patrio, embanderar los portones y reunirse en el potrero común donde Rabí Israel Kelner pronunciaría un discurso. Al acto fué especialmente invitado el comisario y el administrador general de las colonias, Herr Bergmann, alemán áspero y nada expansivo á quien poco conmovía el acontecimiento de Mayo.

Surgió una grave dificultad. Se ignoraba el color de la bandera argentina y este detalle fué advertido muy tarde. A pesar de ello, los preparativos continuaron y el día clásico llegó.

Rajil amaneció adornada como un buque; llenos de colores los portones, todos los colores, menos los argentinos. Un sol magnífico iluminaba la campiña; los arbustos amarillentos y los tártagos cobraron regocijo en la inundación de luz. El comisario mandó su pequeña banda, y la colonia se llenó con las notas del Himno. La mú-

sica hinchó de júbilo los corazones y la fiesta de la patria, confusamente comprendida, puso en el espíritu de todos una porfunda alegría.

Reuniéronse en la Sinagoga hombres y mujeres vistiendo sus trajes de gala. Las túnicas hierosolimitanas lucieron al sol su blancura, y el matarife bendijo la república en la solemne oración del Mischa-beraj. Afuera, los jóvenes y las muchachas proyectaban un baile, mezclando á los comentarios del día rumores sobre probables noviazgos.

Después de la lectura del Libro Sagrado, el alcalde predicó. Era el menos instruído en cuestiones rabínicas, si bien sabía usar con frecuencia alguna cita de los textos talmúdicos, oída al azar. En cambio era elocuente. Gesticulaba á la manera de los predicadores sinagogales y mesaba su barba castaña, una hermosa barba que se extendía sobre su pecho envuelto en la túnica santa.

—Me acuerdo, dijo, que en la ciudad de Elisabet-grad, después de la matanza de judíos, la Sinagoga fué cerrada por que no quisimos bendecir al zar. Aquí nadie nos obliga hacerlo, por esto bendecimos la república y bendecimos al presidente.

No se sabía quien era presidente, pero el caso importaba poco.

El almuerzo fué rápido y jovial. En seguida, la población se congregó en el potrero y las flores silvestres de la estación brillaban en la improvisada glorieta, junto á la cual, la banda repetía sin cesar los acordes del Himno. Los mozos braveaban sobre sus caballos y los peones del tajamar reunidos en grupo, miraban en silencio, participando á ratos de los dulces preparados por las vecinas y los abundantes pasteles. La damajuana de vino esperaba la llegada del comisario.

A las tres de la tarde, don Benito Palas asomó con su escolta y una bandera desplegada. Resonaron aplausos y la ceremonia oficial comenzó. El comisario bebió su copa de vino y Rabí Israel Kelner ocupó la tribuna. En jerga vulgar saludó en nombre de la colonia al país «donde no ocurren matanzas de judios» y refirió la parábola de los dos pájaros que los vecinos le habian oído en diversas oportunidades.

La parábola, extraida de las discusiones talmúdicas de Segovia, simbolizaba para el orador la libertad de los pueblos.

—Habia un pájaro prisionero en una

jaula de hierro. Creia que todos los pajaros viven asi hasta cierto dia en que vió á otro pájaro revolotear en el espacio y posarse sobre los tejados y los árboles. Entonces el canto del prisionero se hizo triste. Tanto meditó en su esclavitud hasta que concibió un pensamiento. Y durante las noches picoteaba sus rejas, llegando al fin á libertarse. Tornóse alegre su canto y su vida, no tardó en volar tan alto como los demás pájaros...

Jacobo explicó á don Benito Palas, criollo poco entendido en simbolos talmúdicos, el sentido del discurso. Y por toda contestación, el comisario recitó las estrofas del Himno. No lo comprendian los israelitas; pero al llegar á la palabra libertad, el recuerdo de su antigua esclavitud, de la amargura y las persecuciones seculares sufridas por la raza, revolvió sus corazones y con el corazón y con la boca, todos exclamaron, como en la Sinagoga:

— ¡Amén!

———

ÍNDICE